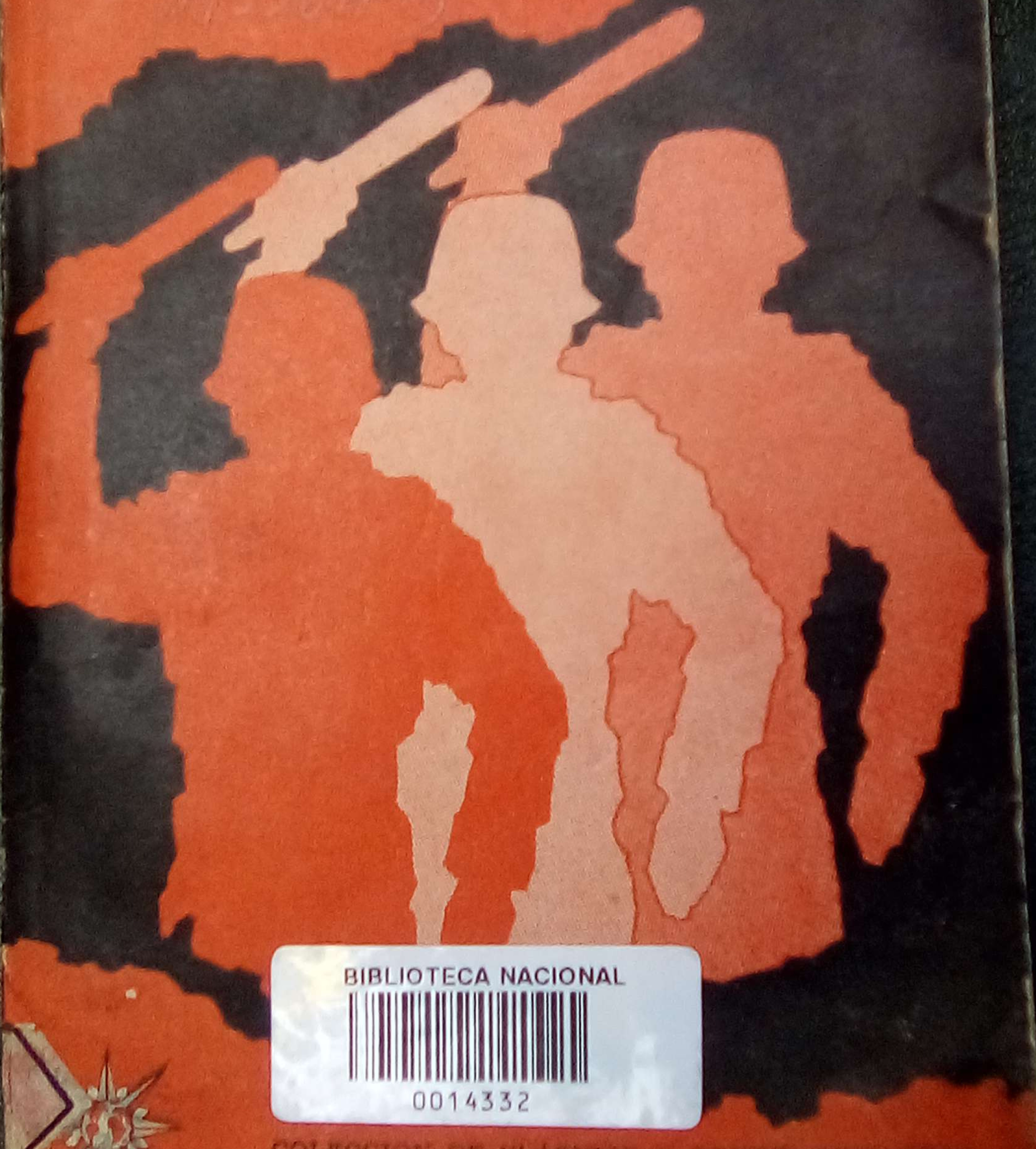
EL FASCISMO

LEON TROTSKY



BIBLIOTECA NACIONAL
0014332

COLECCION DE CLASICOS Y CONTEMPORANEOS

EDITORA CUATRO VIENTOS

10 (226A-3)

EL FASCISMO

LEON TROTSKY

Prólogo:

TITO DRAGO

EDITORA CUATRO VIENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

(c) 41316
Editora Cuatro Vientos
Diagonal Paraguay 383, Depto. 133
Clasificador 377, Santiago de Chile
Primera Edición 1973
Jefe Depto. Editorial: Anatolio de Paula
Portada: Tello

COLECCION DE CLASICOS Y CONTEMPORANEOS

El gran desarrollo alcanzado por las corrientes revolucionarias en los paises del Tercer Mundo, es quizás la característica más sobresaliente de la presente década. Continuamente, movimientos y luchas populares afloran a la superficie de la gran contienda histórica que hoy se libra en el mundo, en el ámbito de la gran contradicción fundamental entre socialismo y capitalismo, adoptando las más disímiles facetas.

En un intento más por hacer llegar a los sectores más extensos de la población las herramientas imprescindibles para un correcto entendimiento de la realidad social, **EDITORA CUATRO VIENTOS**, en un gran esfuerzo editorial, inicia con la presente selección de escritos sobre el fascismo, de León Trotsky, su **COLECCION DE CLASICOS Y CONTEMPORANEOS** cuyo objetivo esencial consiste en entregar materiales de riguroso carácter científico, en lo que se refiere a análisis social y su vinculación inmediata o potencial con el acontecer político nacional e internacional.

Sin embargo, los obreros, estudiantes e intelectuales son los que tienen la última palabra sobre la validez, alcances y proyecciones de la presente colección a través de la utilización práctica que le otorguen.

Atentamente,

EL EDITOR

PROLOGO

El fascismo, en tanto régimen social, ha marcado a fuego una etapa breve pero decisiva en el devenir histórico de la sociedad. Si los sueños imperiales de Hitler y sus desvaríos de los "mil años" finalizaron en cuestión de meses en las arenas de la segunda guerra mundial, las consecuencias de ese "acceso de locura colectiva" no pasaron tan rápidamente. Aún hoy, movimientos "neofascistas" surgen sobre la faz de la tierra como remedo de lo que fue y que no volverá a ser.

La repulsión que la práctica del fascismo originó en el mundo entero, primó incluso sobre los análisis más objetivos de sus características sociales, enturbiando el buen entendimiento.

Trotsky, uno de los sobrevivientes de la generación bolchevique que dirigió la Revolución de Octubre, fue testigo lúcido y protagonista decidido en la lucha antifascista. La selección de escritos que hoy presentamos, contribuye en una gran medida a visualizar con más claridad en esa noche negra de la historia humana. Artículos periodísticos unos, contribuciones a foros revolucionarios otros, ensayos los más, todos ellos se ubican en la perspectiva de comprender para actuar, de clarificar para orientar la acción. *Su carácter de protagonista, esto es de un hombre comprometido, que tomó partido activo en contra del fascismo, no fue obstáculo que oscureciera su juicio ni entorpeciera su razón.*

Por encima de la opinión que el mismo Trotsky merezca al lector, deberá coincidir forzosamente que sus

argumentos se basan en sólidas razones, en una formidable documentación, en el conocimiento pormenorizado del acontecer mundial y en el amplio dominio de la ciencia social del proletariado, el marxismo-leninismo.

FASCISMO E IMPERIALISMO

Ese gran escritor que es Luis Franco, dijo en una oportunidad que "*el fascismo es el imperialismo con 40 grados de fiebre*". Tras la excelente imagen literaria se manifiesta una clara comprensión del problema, que apunta a señalar que en la estructura económico-social no hay diferencias entre imperialismo y fascismo. Que uno y otro tienen la misma estructura, idéntica anatomía, con el agravante en el caso del fascismo de pasar por una fiebre delirante. Fiebre que pareciera elevar al Estado por encima de la sociedad, cuando en realidad lo libera de algunas ataduras secundarias para poder cumplir mejor con los intereses de clase que representa. El fascismo, tal como se lo conoció en la década del 30 es inconcebible sin imperialismo. Imperialismo y fascismo son dos caras de una misma moneda.

Aunque su surgimiento se produce en países determinados y con características propias, *no es producto de las peculiaridades nacionales sino del conjunto de la situación mundial*. Es en el contexto internacional donde se puede comprender el régimen "nacional" del fascismo. Como lo explica el autor, sólo por sobre la derrota del movimiento obrero internacional, en especial en Alemania, Italia y España, es que pudo encaramarse el sueño delirante de la supremacía mundial nazi-fascista.

Atribuir a una sola parte la responsabilidad de esa

noche oscura, conlleva el grave riesgo de caer en el fatalismo de considerar que los designios de la burguesía financiera, más un loco cruel y una pequeñoburguesía desesperada pueden parir el engendro. Sin la base social que sustente el régimen, el loco hubiera marchado directamente al manicomio o hubiera convertido su "movimiento" en un lucrativo negocio para beneficio personal como ocurre con cierto abogado criollo de andanzas conocidas.

El fascismo surge sobre la base de la crisis mundial del sistema capitalista. En esas épocas de crisis, se cuestionan las mismas bases de la sociedad; más la historia desconoce los callejones sin salida. Toda encrucijada de esta magnitud tiene dos salidas, una revolucionaria, cuyo camino corresponde señalarlo y emprenderlo al proletariado; pero si éste por distintos motivos fracasa, aparece la otra salida, la reaccionaria y la burguesía encuentra a su vez "su" camino por los tortuosos laberintos de la barbarie.

LA CLASE MEDIA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

Sin una clara comprensión del papel social de las llamadas clases medias, difícilmente pueda comprenderse el fenómeno del fascismo, especialmente en su etapa de gestación.

En el sistema capitalista de producción, la clase media no desempeña un papel específico. De alguna manera puede decirse que constituye una herencia de sistemas anteriores, un legado de la época feudal.

En la gran producción industrial, dos clases se reconocen el papel protagónico: proletariado y burguesía. La primera aporta al proceso productivo su único bien,

la fuerza de trabajo; en tanto la otra, los medios de producción, el capital, cuya tenencia es precisamente la que la caracteriza como clase capitalista.

Esos dos polos de la contradicción condensan las opciones que en cada crisis, en cada encrucijada histórica, se presentan a la humanidad: la ruptura del régimen de explotación, con la emancipación del proletariado y los trabajadores en general, o el triunfo de la burguesía y su perpetuación como clase dominante por un nuevo período. Podrán cambiar los escenarios, los actores podrán mudar su ropaje, los libretos sufrirán alteraciones, pero la línea argumental será siempre la misma y los protagonistas principales, burguesía y proletariado, emergerán siempre a la hora de las decisiones con el peso de la máxima responsabilidad.

La pequeñoburguesía es una clase sin futuro. A medida que el capitalismo desarrolla sus fuerzas productivas, la gran industria desplaza a la pequeña, el gran comercio absorbe al detallista, el trabajo artesanal se ve relegado más y más al museo de las curiosidades arqueológicas y los empleados administrativos asisten y colaboran a su reemplazo creciente por las computadoras electrónicas.

En los albores del capitalismo, el desarrollo de la gran industria significaba un creciente mercado de mano de obra, que se surtía tanto de los siervos liberados de la gleba como de los artesanos y comerciantes arruinados por el capital. Así, las capas medias conocían un proceso de proletarización creciente y globalmente disminuían en su peso específico en la sociedad, en tanto aumentaban cualitativa y cuantitativamente las filas de la clase obrera.

En la actualidad, incluso esa perspectiva de la prole-

tarización se le cierra cada vez más a la pequeñoburguesía. La automatización y la cibernética, conquistas propias de la era capitalista y que por sobrevivencia histórica se dan en el seno del imperialismo, permiten un ampliamiento casi sin límites de la capacidad productiva sin que ello implique a la vez un crecimiento paralelo, en términos numéricos, del proletariado.

Las condiciones sociales para la desesperación de la pequeñoburguesía tienen así un sólido fundamento, tan sólido como el progreso inevitable de la sociedad.

REVOLUCION, FASCISMO Y CLASES MEDIAS

Alguna vez, publicistas sin muchos escrúpulos por la verdad, atribuyeron a Trotsky la peregrina tesis de que las clases medias no podían cumplir un papel revolucionario. En rigor, el líder bolchevique no dijo eso, sino todo lo contrario, como podrá comprobarse páginas más adelante, a través de sus propias palabras.

La pequeñoburguesía puede jugar un papel revolucionario, pero ello no obsta para recordar, como dijeran Marx y Engels, que "*De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria*" y que las capas medias "*Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado*". (Manifiesto Comunista, 1848).

Para que las capas medias adopten los puntos de vista del proletariado, es menester que el proletariado a su vez levante bien alto, con claridad, con decisión,

sin vacilaciones, sus propios puntos de vista revolucionarios. Cada vez que lo ha hecho, ha logrado cobijar bajo sus rojas banderas también a las capas medias. El proletariado tiene ante sí la histórica misión de convertirse en el caudillo de todas las clases trabajadoras y explotadas, requisito indispensable para el triunfo de su propia revolución. No podrá liberarse de sus cadenas si al mismo tiempo no rompe las que atan a los más vastos sectores de la sociedad. Al emanciparse abolirá no sólo su propia explotación sino que eliminará también cualquier otra.

Trotsky analiza en estos escritos cómo el proletariado europeo, fuertemente organizado, con sólidos partidos de clase, fue cayendo de derrota en derrota, fruto en lo esencial de su crisis de dirección. Con razón en alguna oportunidad afirmó: *"la crisis de la humanidad es la crisis de su dirección revolucionaria"*.

Las masas estaban dispuestas a la ofensiva, la reciente imagen de la República de los Soviets estimulaba sus ímpetus renovadores, pero sus direcciones —socialistas y comunistas— vacilaban, se contradecían y desorientaban en vez de timonear firmemente el barco de la revolución. Tal política se iba a demostrar funesta y sería uno de los principales motivos que arrojaron a las capas medias en brazos del fascismo.

EL FRENTE UNICO CONTRA EL FASCISMO

Uno de los puntos cruciales, cuya enseñanza no puede ser desmentida, es la política del "frente único". Consistía en la alianza de los partidos obreros, socialistas y comunistas, como barrera de clase frente al fascismo. Por encima del reformismo que imperaba en la

socialdemocracia, se imponía una política de alianza, que preservara *la unidad del proletariado como clase.*

No dejaba de alertar Trotsky acerca de que "la política del frente único involucra no sólo ventajas sino también peligros. Da nacimiento con facilidad a combinaciones entre dirigentes a espaldas de las masas, a la adaptación pasiva al aliado, a vacilaciones oportunistas. Este peligro sólo puede ser evitado bajo la condición de dos garantías expresas: el mantenimiento de una total libertad de crítica del aliado y el restablecimiento de una completa libertad de crítica en las filas del propio partido".

Cuando hoy se ven revivir intentos neofascistas, no podemos menos que otorgar a estas concepciones unitarias todo su real valor. *La unidad de los partidos obreros en un frente único, en un frente de trabajadores, sigue siendo una de las condiciones indispensables para el triunfo revolucionario.* Esa unidad, posible y necesaria, debe mantenerse sin hipocresías, discutiendo limpiamente las tácticas y estrategias de cara a las masas. Son las bases, en última instancia, quienes resolverán con su veredicto final, en la práctica, acerca de las eventuales diferencias que surjan en los partidos aliados. Una unidad basada en principios firmes es la única garantía contra el fascismo y contra sus remedos criollos, por insignificantes que parezcan o por terribles que se los imaginen.

EL "FASCISMO" EN LOS PAISES DEPENDIENTES

Los aspectos exteriores, formales del fascismo, indujeron a error en la calificación de ciertos regímenes autoritarios, como el de Vargas en Brasil y el de Perón

en Argentina, que fueron calificados de "fascistas" por algunos sectores izquierdistas desubicados. El justicialismo, en sus orígenes, fue motejado de "naziperonismo" y largos años hubieron de pasar antes que se reconociera su carácter popular.

Respecto a Vargas, señaló Trotsky en su famosa conversación con Mateo Fossa que *"entre la Inglaterra democrática y el Brasil "fascista" estoy con el Brasil "fascista" en contra de la muy democrática Inglaterra"*. Daba a entender, ante un hecho concreto dado de una reivindicación nacional del Brasil, el diferente trasfondo de clases de dos regímenes socialistas. Las apariencias podían condenar a Getulio Vargas, pero la realidad del laborismo, su base popular y antimperialista, le restaban toda posibilidad de convertirse en fascismo.

El caso más patente es el de Perón. Por encima de sus eventuales simpatías personales hacia el Tercer Reich, más allá de sus formulaciones conceptualmente corporativistas, rugía por la base un poderoso movimiento popular y antimperialista. El justicialismo surge en Argentina hacia el final de la segunda guerra mundial, enfrentando al prepotente imperialismo yanqui. Su slogan de la campaña presidencial del 46 lo sintetizaba así: "Braden o Perón", aludiendo al entonces embajador yanqui Spruille Braden que, para no desvirtuar la tradición imperialista, practicaba un descarado entrometimiento en la política interior argentina.

El peronismo, en su primera etapa, fue un movimiento popular, de carácter nacional burgués, un auténtico frente pluriclasista, con todas las ventajas de su base obrera y popular y las limitaciones propias de una dirección no proletaria. Lamentablemente, los partidos de izquierda, como el Socialista y el Comunista, no com-

prendieron esta realidad y en la gran polarización que se produjo en Argentina, optaron por la Unión Democrática, frente político acaudillado por los sectores más conservadores, que expresaban los intereses de la oligarquía y del imperialismo yanqui.

El traslado mecánico de la experiencia europea llevó a la izquierda liberal a considerar los términos de la contradicción entre "democracia" y "fascismo", cuando la contradicción se daba en esos momentos entre patria y colonia, entre la liberación y el imperialismo.

Similares errores se cometieron en la apreciación de los gobiernos de Naguib y Nasser en Egipto y han debido pasar años y sucederse nuevas experiencias, para que ese mismo error no se cometa, por ejemplo, con el régimen de Velasco Alvarado en el Perú.

Es necesario pues, especialmente en los países subdesarrollados y dependientes, no confundir régimen "fuerte" con "fascismo", pues por lo general esos regímenes fuertes responden a la realidad de que las estructuras institucionales "democráticas" están cortadas a la imagen, semejanza y conveniencia de la oligarquía.

EL FASCISMO DEL BRASIL

Las características sociales del Brasil, que han llevado a denominarlo como un "subimperialismo", en tanto país dependiente, dominado por una oligarquía aliada al imperialismo yanqui, su mentor y amo, hacen que se hable de un régimen "fascista". En rigor de verdad, si en los países subdesarrollados se ha manifestado una experiencia que pueda ser calificada de fascismo con propiedad, es la experiencia brasileña. Allí, el gobierno de João Goulart contaba con un gran respaldo popular,

herencia del varguismo, y cuando se produce la embestida gorila, durante días y días la indecisión hizo presa no sólo de Goulart sino también y lo que es más grave, de la izquierda.

Se produjo entonces el golpe gorila, dando inicio a una represión del más típico corte fascista: liquidación física de miles de dirigentes políticos y sindicales, ataque y desmantelamiento de sindicatos, abolición de las libertades democráticas, pisoteo de los más elementales derechos humanos y montaje de un aparato represivo que se ha caracterizado por la brutalidad de sus métodos represivos.

Si en lo interior, como queda dicho, se manifiestan rasgos típicos de fascismo, no se disimulan en su política exterior. Cumpliendo los mandatos del imperialismo yanqui, los gorilas brasileños se adjudican en esta parte del continente un papel de gendarmes, que comenzara con el envío de tropas a Santo Domingo cuando en aquella lejana isla el Coronel Caamaño levantara las banderas de la soberanía popular y nacional.

Uruguay, Paraguay y Bolivia, evidencian con ejemplos concretos la política expansionista del "subimperialismo" brasileño y los tentáculos del monstruo no se contentan con los países fronterizos sino que planean utilizar a éstos como punta de lanza para proyectos de mayor envergadura. *La garra militar del Brasil tras la dictadura de Bánzer en Bolivia es una amenaza para todos los pueblos que en el Cono Sur del Continente emprendan la ruta de la liberación.*

Hecha esta introducción general, precisando algunas cuestiones posteriores a la fecha en que fueron escritos los artículos, permítasenos una aclaración acerca de la personalidad del autor y de sus seguidores.

TROTSKY Y EL TROTSKISMO

León Trotsky es uno de los revolucionarios más íntegros y más discutidos de este siglo. Militante del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia desde su más temprana juventud, pasó por la clandestinidad, la prisión, el destierro y el exilio. Asistió a todos los Congresos del POSDR, escribió en la Iskra, cuyo Consejo de Redacción integró; se mantuvo al margen de la escisión entre bolcheviques y mencheviques hasta que ingresó, en abril de 1917, al Partido Bolchevique, pasando de inmediato a formar parte de su Comité Central.

Presidente del Soviet de Petrogrado en la revolución de 1905, vuelve a presidirlo en los días decisivos de Octubre de 1917, cuando también preside el Comité Militar Revolucionario, organismo que dirige en la práctica la insurrección roja.

Constituido el primer gobierno revolucionario en Rusia, ocupa la cartera del Comisariado de Negocios Extranjeros. Pasa después a desempeñarse como Comisario de Guerra, organizando y llevando al triunfo al Ejército Rojo en los frentes de batalla contra la reacción interna y contra la entente imperialista. Miembro prominente de la Tercera Internacional, participa activamente en sus primeros cuatro congresos.

Muerto Lenin e iniciado el proceso social de retroceso de la revolución que determinaría el ascenso de Stalin al poder, Trotsky advierte el peligro de la burocratización y organiza la célebre "Oposición de Izquierda". Destituido en 1925 de su cargo de Comandante en Jefe del Ejército Rojo, pasa a desempeñar funciones de responsabilidad en la industria pesada, hasta que en 1927 es deportado a Alma Ata (Asia Central). Expul-

sado de la URSS en 1929, reside temporalmente en Prinkipo, comenzando para él después lo que denominara "el planeta sin visado", ya que pasando por Francia vive exiliado en condiciones de aislamiento en Noruega, recibiendo negativa de todos los países del mundo para visar su pasaporte y cuando ya se cernía cierta la amenaza de no encontrar un país que lo aceptara, desde América Latina, a través del General Cárdenas, la voz del México revolucionario le ofrece generoso asilo. Reside en tierra mexicana hasta su asesinato, en agosto de 1940, a manos del agente stalinista Jacques Mornard.

Durante todo ese período asume la difícil tarea de rescatar y exponer los principios ideológicos y políticos, tácticos y estratégicos del bolchevismo, para legarlo a las nuevas generaciones. Sus obras tienen en general un carácter didáctico, a partir de situaciones concretas, como podrá apreciarlo el lector en este mismo libro, donde una y otra vez pone de relieve los principios elementales del marxismo que aparecían sepultados tras la avalancha medieval del stalinismo.

A tres décadas de su asesinato, sus obras cada vez se editan y leen más y por eso mismo se acerca la posibilidad de una mayor comprensión y reevaluación de su papel histórico. Será el momento en que se compruebe cabalmente que una cosa es Trotsky y muy otra cosa el trotskismo.

Si alguien quiere saber qué pensaba Trotsky, cuáles eran sus ideas, debe saberlo en la fuente y para ello, el mejor aporte son las ediciones de sus trabajos, frutos del pensamiento y la acción.

Tito Drago

Santiago, abril 10 de 1973.

EL FASCISMO

León Trotsky

BIBLIOTECA NACIONAL

1. FASCISMO [1]

¿Qué es el fascismo? El nombre se originó en Italia. ¿Fueron fascistas todas las dictaduras contrarrevolucionarias, o no? Nos referimos a las anteriores al advenimiento del fascismo en Italia.

La última dictadura española de Primo de Rivera —1923-1930— es calificada como fascista por el Comintern. ¿Es esto correcto o no? Nosotros creemos que es incorrecto.

En Italia el movimiento fascista fue un movimiento espontáneo de amplias masas, con nuevos líderes desde sus bases.

En sus orígenes es un movimiento plebeyo, dirigido y financiado por el gran poder capitalista. Surgió de la pequeña burguesía, de las capas proletarias más bajas y hasta cierto punto, hasta de las masas proletarias. Mussolini, un ex socialista, es un hombre que se formó a sí mismo y surgió de este movimiento.

Primo de Rivera era un aristócrata. Poseía un alto grado militar, ocupaba un puesto administrativo importante y era Gobernador Jefe de Cataluña. Realizó su movimiento con la ayuda de fuerzas estatales y militares. Las dictaduras en España e Italia son dos formas dictatoriales totalmente diferentes. Es necesario distinguir una de la otra. Mussolini tuvo dificultad para conciliar muchas viejas instituciones militares con la milicia fascista. Este problema no existió para Primo de

1 Extracto de una carta a un camarada inglés, del 15 de noviembre de 1931.

Rivera. El movimiento de Alemania tiene más analogía con el italiano. Es un movimiento de masas, con líderes que utilizan mucha demagogia socialista. Y esto es necesario para la creación del movimiento de masas.

La fase de apoyo germina para el fascismo en la pequeña burguesía. En Italia esta base es muy amplia: la pequeña burguesía de pueblos y ciudades, y el campesinado. En Alemania, también existe una amplia base para el fascismo . . .

Puede decirse, y esto es verdad hasta cierto punto, que la nueva clase media, los empleados del estado y de la administración privada, etc., pueden constituir tal base. Pero es una cuestión que debe ser analizada . . .

Para poder predecir cualquier cosa en relación al fascismo es necesario tener una definición de esa idea. ¿Qué es el fascismo? ¿Cuáles son sus bases, sus formas, y sus características? ¿Cómo se produce su desarrollo? Es necesario proceder de una manera científica y marxista.

2. COMO TRIUNFO MUSSOLINI [2]

Cuando llega el momento en que los recursos po-
liciales y militares "normales" de la dictadura burgue-
sa —junto con sus pantallas parlamentarias— ya no
bastan para mantener el equilibrio de la sociedad, llega
el turno del régimen fascista. A través de su agente fas-
cista el capitalismo moviliza a las masas enfurecidas
de la pequeña burguesía, las bandas de lumpen prole-
tarios desmoralizados y a todos los innumerables seres
humanos que el capitalismo financiero ha lanzado a la
desesperación y al frenesí. La burguesía exige del fas-
cismo una tarea completa: una vez que ha recurrido
a resortes de guerra civil insiste en tener paz por un
período de años. Y el agente fascista utilizando a la pe-
queña burguesía como ariete y aplastando todos los
obstáculos que halla en su camino, realiza un trabajo
completo. Después de la victoria del fascismo, el capi-
tal financiero reúne en sus manos —como en una ga-
rra de acero— directa e indirectamente todos los ór-
ganos e instituciones de la soberanía, el poder ejecu-
tivo, administrativo y educacional del estado, todo el
aparato estatal junto con el ejército, las municipalida-
des, las universidades, las escuelas, la prensa, los sin-
dicatos y las cooperativas. Cuando un estado se hace
fascista no sólo significa que las formas y métodos de
gobierno se cambian de acuerdo con las pautas esta-
blecidas por Mussolini —los cambios en esa esfera jue-
gan en última instancia un rol menor— sino que signi-

2 Fragmento de **What Next?** escrito en septiembre de 1932.

fica en primer lugar y en su más importante alcance que las organizaciones obreras son aniquiladas, que el proletario es reducido a un estado amorfo y que ha sido creado un sistema de gobierno que penetra profundamente en las masas y sirve para frustrar la cristalización independiente del proletariado. He aquí precisamente el quid del fascismo . . .

El fascismo italiano fue la consecuencia directa de la traición reformista al levantamiento del proletariado italiano. Desde la época de finalización de la guerra, hubo una tendencia ascendente en el movimiento revolucionario italiano que en setiembre de 1920 culminó con la ocupación obrera de fábricas e industrias. La dictadura del proletariado era un hecho real, todo lo que faltaba era organizarla, y sacar de allí todas las conclusiones necesarias. La social democracia tuvo miedo y retrocedió. Después de intrépidos y heroicos esfuerzos, el proletariado fue dejado frente al vacío. La ruptura del movimiento revolucionario se transformó en el factor más importante del crecimiento del fascismo. En setiembre el avance revolucionario se detuvo y en noviembre ya se asistía a la primera demostración importante de los fascistas: la toma de Bolonia.

La retirada social demócrata

Es verdad que aun después de la catástrofe de setiembre el proletariado fue cápaz de ganar batallas defensivas. Pero a la social democracia sólo le preocupaba una cosa: sacar a los obreros de la línea de fuego a costa de una concesión tras otra. La social democracia esperaba que la conducta dócil de los obreros restablecería la "opinión pública" de la burguesía contra los fascistas. Mas aun, los reformistas contaban con

obtener el apoyo del rey Víctor Manuel. Hasta último momento, ellos impidieron por todos los medios que los obreros presentaran batalla a las bandas de Mussolini, pues no valía la pena. La Corona junto con las altas capas burguesas se inclinaron del lado del fascismo. Convencidos a último momento de que el fascismo no podría ser detenido con obediencia, los social demócratas lanzaron un llamado a la huelga general. Pero su proclama fue un fiasco. Los reformistas habían humedecido la pólvora durante tanto tiempo, por temor a que explotase, que cuando finalmente y con mano temblorosa le acercaron el fuego, la pólvora no explotó.

Después de dos años de este comienzo el fascismo no estaba en el poder. Pudo atrincherarse gracias al hecho de que el primer periodo de su soberanía suprema coincidió con una coyuntura económica favorable y que siguió a la depresión de 1921-1922. Los fascistas aplastaron al proletariado en retirada con las fuerzas de choque de la pequeña burguesía. Pero esto no se consiguió con un solo golpe. Aun después de asumir el poder, Mussolini procedió con la debida cautela: le faltaban todavía las pautas elaboradas. Durante los primeros dos años ni siquiera fue modificada la Constitución. El Gobierno fascista tomó el carácter de una coalición. Entre tanto las bandas fascistas estaban ocupadas en trabajar con cachiporras, cuchillos y pistolas. Sólo en este sentido el gobierno fascista fue creado lentamente, lo que significó la estrangulación completa de todas las organizaciones independientes de masas.

Mussolini logró esto a costa de la burocratización del Partido Fascista. Luego de utilizar las fuerzas de la pequeña burguesía el fascismo las estranguló dentro de las garras del estado burgués. No podía haber he-

cho otra cosa, pues la desilusión de las masas que él había unido las precipitaba hacia el mayor peligro inmediato. El fascismo, al burocratizarse, se aproxima estrechamente a otras formas de dictadura policial y militar. Ya no tiene su antigua base social de apoyo. La principal reserva del fascismo —la pequeña burguesía— ha sido agotada. Sólo la inercia histórica permite al gobierno fascista mantener al proletariado en un estado de dispersión y desesperanza.

3. LA ERA DEMOCRATICOPACIFISTA Y EL FASCISMO [3]

Aunque había sufrido pérdidas mínimas en la guerra civil, el partido comunista alemán, al capitular en el otoño de 1923 se había debilitado y la desaparición del terrible peligro proletario había quebrantado al fascismo; ambas cosas eran inevitables. Una guerra civil, incluso victoriosa para la burguesía, zapa las condiciones en que se ejerce la explotación capitalista. Ya entonces, es decir a fines de 1923, nos habíamos pronunciado contra la exageración de las fuerzas del fascismo alemán y su peligro; habíamos insistido en que el fascismo pasaría al segundo plano, y en que ocuparían el proscenio de la política en toda Europa, durante cierto período, las organizaciones democráticas y pacifistas: bloque de las izquierdas en Francia, *Labour Party* en Inglaterra. Su reforzamiento, a su vez, ejercería un impulso que haría que la social democracia alemana se desarrollase. En lugar de comprender este proceso inevitable y de organizar la lucha en un frente *nuevo*, la dirección continuó identificando fascismo y socialdemocracia y profetizando su muerte simultánea en el curso de la guerra civil próxima.

El problema de las relaciones recíprocas entre los Estados Unidos y Europa, estaba íntimamente ligado a la cuestión de la socialdemocracia y el fascismo. Sólo la derrota de la revolución alemana de 1923 permitió

3 Parágrafo 6, del Cap. II de L'Internationale Comuniste après Lenin, escrito en abril de 1930. (P.U.F. París, 1968).

al capitalismo norteamericano abordar de lleno la realización de sus planes para reducir a la servidumbre a Europa "pacíficamente" (por ahora). En estas condiciones era necesario plantear el problema norteamericano en toda su amplitud. Sin embargo, la dirección del Quinto Congreso (4) dejó simplemente la cuestión de lado. La dirección se basaba enteramente en la situación en el interior de Europa, sin observar que un aplazamiento prolongado de la revolución europea hacía de la ofensiva de Estados Unidos contra Europa el eje de la situación mundial. Esta ofensiva tomaba el carácter de "consolidación" económica, de normalización, de pacificación de Europa y de "saneamiento" de los principios democráticos. El pequeño burgués arruinado e incluso el obrero se decían: si el partido comunista no ha sabido triunfar, acaso la socialdemocracia nos dé, no la victoria (no se espera eso de ella), sino un pedazo de pan, reanimando la industria gracias al oro norteamericano. Habría sido necesario comprender que la infame ficción del pacifismo norteamericano, en combinación con los dólares (después de la derrota de la revolución alemana) debía convertirse y se convertía en el factor político más importante de la vida de Europa. La socialdemocracia alemana creció gracias a ese germen, y también a causa de él, en gran parte, progresaron los radicales franceses y el *Labour Party* inglés.

Para contrarrestar ese nuevo frente enemigo hubiera sido necesario demostrar que la Europa burguesa no podía subsistir más que como vasallo financiero de los Estados Unidos: que el pacifismo de este país equivalía a la aspiración de imponer a Europa un racio-

4 De la Internacional Comunista.

namiento de Hambre. Pero en lugar de tener en cuenta precisamente esta perspectiva para luchar contra la socialdemocracia con su nuevo culto del norteamericanismo, la dirección de la Internacional Comunista se orientó en el sentido contrario: se nos atribuyó una mezquina teoría sobre el imperialismo normalizado, sin guerras ni revoluciones, basado en el racionamiento norteamericano.

Incluso en la misma reunión de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que cuatro meses antes ponía a la orden del día del partido comunista alemán la insurrección "en toda su urgencia y concreción", el secretariado apreciaba de la manera siguiente la situación en Francia que, justamente entonces veía aproximarse las elecciones parlamentarias de "izquierda": "Esta animación (la que precedía a las elecciones) afecta también a los partidos más mezquinos e insignificantes, así como a las *organizaciones políticas muertas. El Partido socialista*, bajo los rayos solares de las elecciones que se aproximan, se reanima y se despereza ... (*Pravda*, 7 de febrero de 1924).

En tanto que en Francia avanzaba manifiestamente una ola de izquierdismo pacifista pequeñoburgués, que se apoderaba también de vastos círculos obreros, debilitando simultáneamente al partido del proletariado y a los destacamentos fascistas de capital, en tanto que, en una palabra, se aproximaba la victoria del "bloque de las izquierdas", la dirección de la Internacional Comunista tenía una perspectiva directamente opuesta. negaba totalmente la posibilidad de una fase de pacifismo: en vísperas de las elecciones de 1924 hablaba del partido socialista francés, es decir del defensor del ala izquierda del pacifismo pequeñoburgués, como de una "organización política" ya "muerta". En aquel entonces,

BIBLIOTECA NACIONAL
BUENOS AIRES

hemos protestado en una carta especial dirigida a la delegación del partido comunista de la URSS, contra un juicio sobre el partido socialpatriota formulado tan a la ligera. ¡En vano! La dirección de la Internacional Comunista consideraba obstinadamente que cerrar los ojos para no ver los hechos era dar pruebas de "izquierdismo". De ahí nació la polémica sobre el pacifismo democrático, polémica desfigurada, sacada fuera de quicio, como todas las desarrolladas en el curso de los últimos años, y que por eso introdujeron tanta perturbación en la conciencia de los partidos de la Internacional Comunista. Se nos acusó a los representantes de la Oposición de tener prejuicios reformistas, simplemente porque no compartíamos los de la dirección de la Internacional Comunista, y porque habíamos previsto a tiempo que la derrota sufrida sin haber afrontado la batalla, por el proletariado alemán haría inevitablemente entrar en escena (después que las tendencias fascistas se hubieran intensificado) durante breve tiempo a los partidos pequeños burgueses y reforzaría a la socialdemocracia.

Ya hemos señalado que en la conferencia del Socorro Rojo Internacional, tres o cuatro meses antes de la victoria del *Labour Party* en Inglaterra y del bloque de las izquierdas en Francia, Zinoviev, polemizando visiblemente conmigo declaró:

"En casi toda Europa la situación es tal que no hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de pacifismo, una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos... Alemania va, al parecer, hacia la guerra civil". (*Pravda*, 2 de febrero de 1924).

Zinoviev ha olvidado, al parecer, que en el Cuarto Congreso en 1922, había logrado yo a pesar de su obs-

tinada resistencia y de la de Bujarin, que la comisión introdujera una enmienda (bastante atenuada por cierto) en la resolución del Congreso, en la que se hablaba de la instauración próxima de una era "pacifista y democrática" que constituiría una etapa probable en el camino de la decadencia política del estado burgués y sería una especie de antecámara de la denominación del comunismo ... o del fascismo.

En el Quinto Congreso que se reunió después de que hubieran surgido los gobiernos de "izquierda" en Inglaterra y Francia, Zinoviev se acordó oportunamente de mi enmienda y la leyó en alta voz:

"La situación política internacional en el presente momento se caracteriza por el fascismo, el estado de sitio y el terror blanco contra el proletariado. Pero esto no excluye la posibilidad de que en un porvenir muy próximo, en los países más importantes, una era "democrática y pacifista" sustituya a la reacción abierta".

Zinoviev agregó con satisfacción a esta cita: "Se ha dicho esto en 1922. Así, pues, hace ya año y medio que la Internacional Comunista predijo claramente la era democrático-pacifista". (*Pravda*, 22 de junio de 1924).

La verdad es la verdad. La previsión, que se me reprochó duramente un largo tiempo como una desviación "pacifista" (como una desviación mía y no del curso de los acontecimientos), vino a punto en el Quinto Congreso, en plena luna de miel de los ministerios Mac-Donald y Herriot. Es lo que ha ocurrido en general, lamentablemente, en lo que concierne a las previsiones.

Es preciso agregar que Zinoviev y la mayoría del Quinto Congreso se habían asimilado demasiado a la letra la antigua perspectiva de la era "pacifista y de-

mocrática" como etapa de la descomposición del capitalismo. Zinoviev afirmó en el Quinto Congreso: "La era democraticopacifista es un síntoma de la descomposición del capitalismo". Lo dijo de nuevo en el discurso de clausura:

"Repito que precisamente la era democraticopacifista es un síntoma de descomposición y de crisis incurable". (*Pravda*, 1º de julio de 1924).

Esto habría sido verdad si no hubiera existido la crisis del Ruhr, si la evolución se hubiera efectuado más regularmente, sin ese "salto" de la Historia. Esto hubiera sido doble, triplemente verdad si el proletariado alemán hubiera triunfado en 1923. En ese caso el régimen de Mac-Donald y de Herriot no habría tenido otra significación que la de "kerenskismo" inglés y francés. Pero la crisis del Ruhr se desencadenó planteando claramente la cuestión de quién sería el dueño de casa. El proletariado alemán no obtuvo la victoria sino una derrota decisiva, y en una forma que tenía que alentar y reforzar en un alto grado a la burguesía alemana. La fe en la Revolución estaba zapada en toda Europa por varios años. En esas condiciones los gobiernos Mac-Donald y Herriot no tenían, ni mucho menos, la significación del "kerenskismo", ni en general reflejaban la descomposición de la burguesía, sino que podía ser y han sido simplemente los precursores efímeros de gobiernos burgueses más serios, más sólidos, más seguros de sí mismos. El Quinto Congreso lo comprendió: en efecto, no habiendo estimado en su justo valor las proporciones de la catástrofe alemana, habiendo reducido ésta a la simple cuestión de la comedia en el *Landtag* de Sajonia, no se dio cuenta de que el proletariado de Europa, en todo el frente, estaba ya en estado de retirada política; que la misión que le incumbía no era

la insurrección sino una orientación nueva, batallas de retaguardia, la consolidación sobre todo en los sindicatos, de las posiciones del partido desde el punto de vista de la organización.

En relación a la cuestión de la "era" se desarrolló una polémica sobre el fascismo, no menos desfigurada y sacada de quicio que la anterior. La oposición explicaba que la burguesía no hace entrar en juego al fascismo más que en el instante en que un peligro revolucionario inmediato amenaza las bases de su régimen, cuando los órganos normales del estado burgués son ya insuficientes. En este sentido, el fascismo activo corresponde a un estado de guerra civil de la sociedad capitalista contra el proletariado insurrecto. Por el contrario, la burguesía se ve obligada a utilizar su ala izquierda, socialdemócrata, o bien en una época que precede a la guerra civil a fin de engañar, de pacificar, de desorganizar al proletariado, o bien después de haber vencido seriamente, por largo tiempo, a las masas del pueblo, cuando para restablecer el régimen normal se está obligado a movilizarlas en el terreno parlamentario, y con ellas a los obreros, que ya no tienen confianza en la revolución. Para contrarrestar este análisis, absolutamente indiscutible desde el punto de vista teórico y justificado en el curso de la lucha, la Internacional Comunista hizo una afirmación absurdamente simplista sobre la *identidad* de la socialdemocracia y el fascismo. Basándose en el hecho innegable de que la socialdemocracia manifiesta tanta adhesión a la sociedad burguesa como el fascismo, de que está siempre dispuesta en el momento de peligro, a emplear sus Noskes, la dirección de la Internacional Comunista borró de un plumazo toda diferencia política entre la socialdemocracia y el fascismo y, al mismo tiempo, la distin-

ción entre el período de guerra civil abierta y el de lucha de clases "normal". En una palabra, se confundió todo para conservar la apariencia de una orientación hacia la guerra civil inmediata, como si no hubiera ocurrido nada de particular en el otoño de 1923 en Alemania y Europa: ¡simplemente un episodio!

Para demostrar cuál fue la dirección seguida por esta polémica y qué nivel alcanzó, es preciso citar el artículo de Stalin "A propósito de la situación internacional".

"Algunos piensan —decía Stalin polemizando conmigo— que la burguesía ha ido al "pacifismo" y la "democracia" no por necesidad, sino por propia voluntad, como quien dijera por su libre albedrío" (*Pravda*, 20 de septiembre de 1924).

Esta tesis histórica y filosófica, fundamental, sobre la cual sería humillante insistir, iba seguida de dos conclusiones políticas esenciales:

"En primer lugar, es falso que el fascismo no sea más que una organización de combate de la burguesía. El fascismo no es sólo una organización militar y técnica".

No se puede comprender porqué una organización de combate de la sociedad burguesa debe ser considerada como una "organización" técnica y no política. Pero entonces ¿qué es pues el fascismo? A ello se responde indirectamente diciendo:

"La socialdemocracia es el ala moderada del fascismo".

Se puede decir que la socialdemocracia es el ala moderada de la sociedad burguesa: esta definición será absolutamente justa, a condición sin embargo de no comprenderla de una manera demasiado simplista: no hay que olvidar que la socialdemocracia continúa aún

arrastrando a millones de obreros y que se ve pues, obligada a contar dentro de ciertos límites, no sólo con la voluntad de su patrono burgués, sino también con los intereses de sus mandatarios proletarios estafados. Pero sería absurdo definir a la socialdemocracia como el "ala moderada del fascismo". ¿Qué es, a todo esto, la sociedad burguesa? Para orientarse incluso, de la manera más elemental, en política no hay que reunir todo en un solo montón, sino distinguir que la socialdemocracia y el fascismo constituyen los dos polos del frente burgués, *unidos en el momento del peligro, pero polos no obstante*. ¿Hay que insistir en esto después de las elecciones de mayo de 1928, caracterizadas a la vez por la decadencia del fascismo y el crecimiento de la socialdemocracia, a la cual dicho sea de paso el partido comunista proponía esta vez hacer el frente único de la clase obrera?

"En segundo lugar —dice el artículo— es falso que hayan pasado ya las batallas decisivas, que el proletariado haya sido vencido en ellas y que, por consiguiente, la burguesía se haya consolidado. No ha habido aún combates decisivos porque ni siquiera ha habido verdaderos partidos bolcheviques de masas".

La burguesía no ha podido según esto, consolidarse, ya que no ha habido batallas; y no ha habido batallas "porque no había partido bolchevique". Así pues lo que impide a la burguesía reforzarse... es la carencia de partidos bolcheviques. En realidad es precisamente porque no había, más bien que partidos, direcciones bolcheviques por lo que la burguesía ha podido consolidar sus posiciones. La capitulación sin combate ante el enemigo, de un ejército que se encuentra en una situación crítica, reemplaza perfectamente una

"batalla decisiva", tanto en la política como en la guerra. Ya en 1850 Engels enseñaba que un partido que deja escapar una situación revolucionaria desaparece durante mucho tiempo de la escena. Pero ¿quién ignora aún que Engels, que vivió "antes del imperialismo", ha caducado ya? He aquí lo que Stalin escribió:

"Es imposible, bajo el imperialismo, sostener combates por la dictadura si no existen tales partidos (bolcheviques)".

Hay que creer pues, que esas batallas eran posibles en la época de Engels, cuando la ley de la evolución desigual no había sido descubierta todavía. Todo este encadenamiento de disquisiciones está coronado con la siguiente idea:

"En fin, es falso también... que por el "pacifismo" se deba obtener una consolidación del poder de la burguesía, un aplazamiento de la revolución por un tiempo indeterminado".

Sin embargo, la revolución se ha aplazado, no según Stalin, sino según Engels. Un año más tarde, cuando incluso los ciegos vieron claramente que la posición de la burguesía era más fuerte y que la revolución había retrocedido por un tiempo indeterminado, Stalin se puso a acusarnos de... no admitir la estabilización. Esta acusación se hizo particularmente insistente durante el período en que la "estabilización" comenzaba ya a presentar fisuras, cuando en Inglaterra y en China avanzaba una nueva ola revolucionaria. Y toda esta confusión desesperante servía de norma de conducta. Es preciso señalar que la definición del fascismo y de sus relaciones con la socialdemocracia dada en el proyecto (capítulo II), a pesar de los dobles sentidos tolerados conscientemente (para guardar un lazo con el

pasado), es mucho más razonable y justa que el esquema staliniano citado más arriba, que era en el fondo el del Quinto Congreso. Pero este ligero proceso no resuelve la cuestión. Un programa de la Internacional Comunista no puede, después de la experiencia de la década anterior, dejar de caracterizar la situación revolucionaria, de explicar cómo se forma y desaparece sin señalar los errores básicos cometidos al juzgarla, sin explicar cómo el maquinista debe conducirse en los recodos del camino, sin inculcar a los partidos esta verdad: que hay situaciones en que el éxito de la revolución depende de dos o tres días de lucha.

4. EL MOVIMIENTO OBRERO [5]

La historia parece haberse asignado como tarea especial el desmentir en la forma más clara los pronósticos y las directivas de la Internacional Comunista desde 1923. Así ocurrió con la evaluación de la situación revolucionaria de Alemania en 1923, con la orientación sobre un movimiento de ascenso revolucionario en 1924-1925; con la apreciación de las fuerzas de impulso y las perspectivas de la revolución china (1925-27): del trade-unionismo inglés (1925-1927); de la industrialización y los Kulaks en la URSS, etc. Y así también, con la actual apreciación del "tercer período" y del social-fascismo.

Molotov ha descubierto que "Francia está en primera fila en el movimiento de ascenso revolucionario", cuando en realidad, de todos los países de Europa, es en Austria donde actualmente la situación es más revolucionaria. A este respecto —y es el más característico— la posición de *partida* de un eventual desarrollo revolucionario está formada no por la lucha del comunismo contra el "social-fascismo" sino por el conflicto entre la socialdemocracia y el fascismo. Ante este hecho, el infortunado Partido Comunista austríaco está totalmente frenado en una *impasse*.

El conflicto entre la socialdemocracia y el fascismo es el hecho esencial de la política austríaca en este

[5] Fragmentos de "El movimiento obrero internacional" escrito el 19 de noviembre de 1929, de Ecrits, Tomo I, Paris, 1955. Marcel Rivière et Cie.

momento. La socialdemocracia retrocede, se arrastra, cede, suplica y abandona una tras otra sus posiciones. Pero a pesar de ello, el conflicto tiene un carácter muy real, en él se juega la cabeza de ese partido. La ofensiva posterior de los fascistas puede —debe— empujar a los obreros socialdemócratas, o sea a una parte del aparato socialdemócrata, mucho más lejos del límite señalado por Seitz, Otto Bauer y sus compinches. Así, como más de una vez, del conflicto entre el liberalismo y la monarquía, ha surgido una situación revolucionaria que superó a los dos adversarios, también del conflicto entre la socialdemocracia y el fascismo —dos pilares de poderes antagónicos burgueses— puede desarrollarse una situación revolucionaria que superará a ambos.

¿Qué valor tendría un revolucionario proletario que en una época de revolución burguesa no supiera apreciar y comprender el conflicto entre los liberales y la monarquía y que, en lugar de explotarlo en un sentido revolucionario, metiera a los antagonistas en un mismo saco? ¿Qué valor tiene el comunista que frente al conflicto entre el *fascismo* y la *socialdemocracia* lo abarca tontamente en la simple fórmula de *social-fascismo*, vacía de todo contenido?

Una posición de este tipo —política errónea y estéril izquierdismo— obstruye por anticipado al Partido Comunista el camino que conduce a los obreros socialdemócratas y proporciona alimento a los elementos de derecha en el campo comunista. Una de las causas del afianzamiento de esos elementos es que en sus críticas, ellos tocan las lacras evidentes y ciertas del comunismo oficial. Cuanto más impotente es el partido para abrirse camino hacia los obreros socialdemócratas, más se

acercan los elementos de derecha al aparato socialdemócrata. Ignorancia o incomprensión de la naturaleza de las crisis revolucionarias, minimalismo político, perspectivas de sempiterna preparación, son los rasgos esenciales de los elementos de derecha. Ellos deben sentirse particularmente firmes cuando la dirección de la Internacional Comunista trata de crear ficticiamente una situación revolucionaria, por vía administrativa. En estas ocasiones las críticas de la derecha adquieren un aspecto razonable muy persuasivo.

No obstante, ellas no tienen nada en común con la estrategia revolucionaria. La derecha ha defendido una política oportunista en los momentos más revolucionarios (Alemania, China, Inglaterra). Al criticar el espíritu aventurero burocrático, esos elementos se hacen una reputación para poder jugar nuevamente, en el instante decisivo, un rol de freno.

La política de los centristas desenfrenados, no solo alimenta a la derecha sino que lleva agua al molino del austro-marxismo. Nada puede salvar a la socialdemocracia austríaca en el próximo período, nada, excepto la política del comunismo oficial.

¿Qué significa en el fondo "social-fascismo"? Los "teóricos" han echado mano a las sutilezas: no pueden decir otra cosa sino que la socialdemocracia está lista para defender contra los obreros los cimientos del régimen burgués por medio de la fuerza armada. ¿Pero no es ese un rasgo común a todos los partidos "democráticos" sin excepción? ¿Alguna vez hemos creído o pensado que la democracia es un régimen de paz social? ¿Es que acaso Kerensky y Tseretelli no masacraron a los campesinos y obreros en los meses de luna de miel de la revolución democrática? ¿Es que los

radicales franceses no han usado la fuerza armada contra los huelguistas, antes y después de la guerra? ¿Acaso la historia de la dominación del partido republicano y el partido demócrata de los EE.UU. no es también la historia de las represiones sangrientas contra los huelguistas? Si todo esto es fascismo, entonces la historia de la sociedad dividida en clases es la historia del fascismo; y en el mundo hay tantos fascismos como partidos burgueses: liberal-fascista, radical-fascista, nacional-fascista, etc.

¿Pero entonces qué significado tiene esta definición? Ninguno. Es simplemente el sinónimo absurdo de violencia de clase.

En agosto de 1914 nosotros designamos a la socialdemocracia con el nombre de social-imperialismo. Con ello, queríamos decir que aquélla era una forma particular del imperialismo adaptada a la clase obrera. El imperialismo une la socialdemocracia con todos los otros partidos burgueses, sin excepción. El "socialismo" la opone a esos partidos. Social-imperialismo la definía por entero.

El fascismo, si no se juega estúpidamente con las palabras, no es en absoluto un rasgo común a todos los partidos burgueses sino que constituye un partido burgués especial, *adaptado* a condiciones y tareas particulares que se opone a los otros partidos burgueses y en forma más violenta, precisamente, a la socialdemocracia.

A esto se puede tratar de objetar que la hostilidad entre los partidos burgueses es muy relativa. Esto no sólo es verdad, sino que es el A B C de la verdad que, sin embargo, no nos permite avanzar ni un paso. El hecho de que todos los partidos burgueses, desde el fas-

cismo hasta la socialdemocracia, pongan la defensa del dominio burgués por encima de sus diferencias programáticas, no suprime, de todos modos, ni la diferencia de estos partidos, ni las luchas entre ellos, ni nuestra obligación de sacar ventaja de esta lucha.

La socialdemocracia austriaca, más que ningún otro partido de la II Internacional, coincide con la clase obrera. Esto sería la única razón de que el desarrollo de la crisis revolucionaria en este país presupone, ante todo, una serie de crisis internas profundas en el seno de ese partido. En Austria, donde la diferenciación está retrasada, no está excluida la posibilidad de separación de un partido "independiente" del oficial que, como sucedió en Alemania, daría como consecuencia una base de masas al Partido Comunista. Esta vía no es obligatoria, pero si se diera la situación, es muy probable. La perspectiva de una escisión posible de la socialdemocracia bajo la presión inmediata de la crisis revolucionaria no puede, en ningún caso, acarrear una modificación de las relaciones del Partido Comunista con respecto a futuros independientes o a candidatos a ese título, en el sentido de una disminución de la crítica. La necesidad de desenmascarar despiadadamente a elementos de izquierda del tipo de Max Adler, o de otros ejemplares más recientes, no debe ser demostrada. Pero sería funesto no prever la inevitabilidad, durante la lucha contra el fascismo, de un acercamiento entre el Partido Comunista y grandes masas obreras socialdemocráticas que, a pesar de ello, seguirán sintiéndose y considerándose como tales.

El deber real del Partido Comunista es criticar entre ellas el carácter burgués de la socialdemocracia y demostrarles que su política es de capitulación ante

el fascismo. Cuanto más aguda sea la crisis, más se confirmará la crítica comunista por la experiencia de las masas. Pero *identificar* la socialdemocracia con el fascismo, en momentos en que los obreros socialdemócratas sienten un odio mortal por éste, y cuando los dirigentes le tienen también un miedo mortal, es estar contra la verdadera relación política, es inculcar a esas masas la desconfianza en el comunismo y reforzar la alianza de esas masas con sus dirigentes.

No es difícil prever que el hecho de meter en el mismo saco a la socialdemocracia y al fascismo engendra el peligro de idealizar a la izquierda socialdemócrata cuando ésta llegue a un conflicto más serio con el fascismo. La experiencia histórica ya lo ha demostrado. Debe recordarse que la identificación de la socialdemocracia con el fascismo fue proclamada por primera vez por el nefasto V Congreso, y que esto encontró su antítesis complementaria en la capitulación ante Pudeel, Pilsudsky, Chang-Kai-Shek, Raditch y Lafolette. Todo esto es muy lógico. Quien identifica la extrema izquierda de la sociedad burguesa con su extrema derecha, es decir el austro-marxismo con el fascismo, prepara fatalmente la capitulación del Partido Comunista ante la socialdemocracia de izquierda en el momento más crítico.

Esta cuestión está íntimamente ligada a las consignas en perspectiva de la clase obrera austríaca: *soviets y dictadura del proletariado*. De un modo general, estas dos consignas están estrechamente unidas entre sí. La aparición de los soviets no se concibe más que en las condiciones de una situación revolucionaria, de un impetuoso movimiento de masas, de un rol importante y creciente del Partido Comunista, es decir,

en las condiciones que preceden o acompañan la conquista del poder por el proletariado.

Pero en Austria, más que en cualquier otro país, es posible que la consigna de soviets no concuerde con la de dictadura del proletariado, y que se dé exactamente lo contrario, vale decir, los soviets transformados en bastiones contra la dictadura del proletariado. Por ello es tanto más necesario comprenderlo y preverlo antes que los "teóricos" (Zinoviev, Stalin y otros) hayan hecho de la consigna de soviets un fetiche vulgar, reemplazando el contenido social con la forma organizativa.

No está descartado que, si no en la presente al menos en la siguiente etapa de lucha, la socialdemocracia austríaca se verá obligada a ponerse al frente de la huelga general (como lo hizo el consejo federal de trade-unions en 1926), y aún a promover la creación de soviets para conservar mejor la dirección. Deberán sacar de la reserva a Friedrich Adler y sus compinches. Max Adler o algún otro más "izquierdista" todavía, demostrará nuevamente que los soviets sumados a la democracia crean un Estado combinado y evitan la necesidad de apoderarse del poder y de la dictadura. No sólo los obreros socialdemócratas sino también los comunistas —que están acostumbrados a oír día tras día que la socialdemocracia y el fascismo son una misma cosa— serán tomados por sorpresa por una etapa de este tipo en el desarrollo de la lucha entre la socialdemocracia y el fascismo. No obstante, la aparición de esta etapa significará simplemente un sistema más complejo, mejor combinado, de traición de los intereses del proletariado por la socialdemocracia. Pues, bajo la dirección de los austro-marxistas, los so-

viets se convertirán no en órganos de lucha del proletariado por el poder, sino en instrumento destinado a impedir que el proletariado llegue a alcanzar el poder.

Esta experiencia, al menos en gran escala, es imposible ahora en Alemania, pues el Partido Comunista constituye allí una fuerza demasiado importante. Si se diera el caso de un rápido desarrollo de los acontecimientos, el punto culminante de la crisis puede llegar mucho antes de que el Partido Comunista austríaco salga de su aislamiento e impotencia. Los soviets pueden estar en manos de los austromarxistas por un mecanismo que les permitirá por segunda vez escamotear frente al proletariado una situación revolucionaria y salvar así, por segunda vez, la sociedad burguesa; en ese caso, con el advenimiento inevitable del fascismo declarado. De más está decir que en ese momento bajo la bota del fascismo, la socialdemocracia sufrirá persecusiones. La política no conoce la gratitud.

Las consignas de soviets y dictadura del proletariado tienen actualmente un simple alcance de propaganda en Austria. No porque esté lejos de una situación revolucionaria, sino porque el régimen burgués austríaco posee todavía —con la existencia de la socialdemocracia—, un sistema valioso de compuertas de seguridad. Pese a lo que digan los charlatanes y los sabelotodos, en el período actual, la tarea del Partido Comunista austríaco consiste no en "armar" —¿a quién?, ¿a las masas?, ¿a cuáles?— y lanzarlas a la "lucha final", sino en *explicarles pacientemente* (palabras de Lenin en 1917). El éxito de esta tarea de propaganda puede ser tanto más rápido y poderoso cuanto mejor comprenda el Partido Comunista lo que pasa ante sus ojos.

Por eso, la primera cosa que debe hacerse es tirar a la basura la identificación estúpida, inconsistente y temeraria de la socialdemocracia con el fascismo.

Es necesario recordar a los comunistas austríacos la experiencia de 1918-19 y el rol socialdemócrata en el sistema de los soviets.

Al "desarme interno" es necesario oponer la consigna del *armamento obrero*. Esta consigna es en este momento más aguda y más urgente que la de soviets y dictadura del proletariado.

El obrero no comprenderá si se le dice que Bauer es un fascista. Pero comprenderá perfectamente si se le dice que Bauer quiere desarmar definitivamente a los obreros y entregarlos así indefensos a los fascistas, porque esto corresponde a su experiencia política.

No se debe creer que se puede suplir con gritos, con aullidos, con palabras de tinte radical las derrotas de las propias fuerzas. Es necesario dejar de rechazar la marcha real de la evolución de acuerdo con los esquemas baratos de Stalin y Molotov. Hay que comprender que ambos no entienden nada. El primer paso a dar en el camino de la recuperación, debe ser llamar a la Oposición de Izquierda al Partido. Pero en Austria, como fuera de ella, es evidente que todavía se tiene necesidad de recibir algunas lecciones complementarias de la historia, antes de que el comunismo vuelva a encontrar el buen camino. La tarea de la Oposición es preparar esa transición. Por débil que sea desde el punto de vista numérico la Oposición en Austria, aún en comparación con el Partido Comunista, su función es exactamente la misma: difundir, explicar pacientemente. Sólo resta desear que la Oposición de izquierda austríaca pueda crear muy pronto un órgano de pren-

so que aparezca regularmente y que lleve a cabo un trabajo de propaganda, sin quedar por eso atrás de los acontecimientos.

La creación de un órgano de este tipo exige una gran fuerza. Pero es una tarea sumamente urgente. Por eso se la debe realizar.

Constantinopla, 19 de noviembre de 1929.

Los ingenuos creen que la condición real se basa en la persona del rey, en su manto de armiño y su corona, en su carne y en su sangre. En realidad, esa condición real es una relación entre personas. El rey sólo es tal porque en él se reflejan los intereses y los prejuicios de millones de personas. Cuando esas relaciones son superadas por la corriente de la evolución, el rey se transforma en un hombre común. A este respecto se le podrían requerir impresiones recientes a quien se llamaba antes Alfonso XIII.

El *jefe* por la gracia del pueblo se diferencia del jefe por la gracia divina en que está obligado a abrirse camino, si no con sus manos sí con las circunstancias propicias. Pero también el jefe es una relación entre personas, una oferta individual a una demanda colectiva. Las discusiones sobre la personalidad de Hitler son tan acaloradas que se trata de buscar el misterio de su victoria hasta en él mismo. Sin embargo, sería difícil encontrar otra figura política que, en igual medida, fuera el vínculo de fuerzas históricas impersonales. Todo pequeñoburgués encarnizado no puede convertirse en Hitler, pero una parte de éste se encuentra en todo pequeñoburgués encarnizado.

El rápido crecimiento del capitalismo alemán, antes de la guerra, no significó la simple destrucción

6 Fragmento de "El bonapartismo alemán" escrito el 10 de Junio de 1933, de Ecrits, Tomo III, Quatrieme Internationale, París, 1959.

de las clases medias. Al arruinar a ciertas capas de la pequeña burguesía, el capitalismo creó otras: artesanos y pequeños comerciantes se instalaron alrededor de las fábricas, técnicos y empleados dentro de ellas. Las clases medias, a pesar de mantener y aún aumentar su número —la pequeña burguesía tradicional y la nueva representan un poco menos de la mitad de la población alemana— perdieron el último rastro de independencia. Vivieron en la periferia de la gran industria y del sistema bancario, alimentándose con las migajas de la mesa de los trusts monopolistas y los carteles y de la limosna espiritual de sus teóricos y políticos profesionales.

La derrota levantó un muro en el camino del imperialismo alemán. La dinámica exterior se transformó en dinámica interna. La guerra se cambió por revolución. La socialdemocracia, que ayudó a Hohenzollern a llevar la guerra hasta su trágico fin, no dejó que el proletariado llevara a cabo la revolución. Catorce años utilizó la democracia de Weimar para hacerse perdonar su propia existencia. El Partido Comunista llamaba a los obreros a una nueva revolución pero se demostraba incapaz de dirigirla. El proletariado alemán atravesaba los altibajos de la guerra, la revolución, el parlamentarismo y el falso bolchevismo. Al mismo tiempo, los viejos partidos burgueses se debilitaban y la fuerza dinámica de la clase obrera se encontraba minada.

El caos de post-guerra golpeaba a los artesanos, los comerciantes y los empleados no menos duramente que a los obreros. La crisis agraria arruinaba a los campesinos. El deterioro de las clases medias no podía significar su proletarización pues el proletariado mismo daba nacimiento a un gigantesco ejército de desocupa-

BIBLIOTECA NACIONAL

dos crónicos. La pauperización de la pequeñoburguesía apenas disimulada por las corbatas y las medias de seda artificial, carcomió todas las creencias oficiales y, sobre todo, la doctrina del parlamentarismo democrático.

El gran número de partidos, la fiebre electoral, el cambio continuo de los ministerios complicaron la crisis social en un caleidoscopio de combinaciones políticas estériles. En la atmósfera sobresaturada por la guerra, la derrota, las reparaciones, la inflación, la ocupación del Ruhr, la crisis, la miseria y la desesperación, la pequeñoburguesía se levantó contra todos los viejos partidos que la habían engañado. Los violentos motivos de los pequeños propietarios hundidos en la bancarrota, de sus hijos universitarios sin empleo y sin clientes, de sus hijas sin dote y sin novio, exigían orden y mano de hierro.

La bandera del nacional-socialismo fue levantada por hombres provenientes de las capas de mando inferior y medias del antiguo ejército. Cubiertos de condecoraciones, los oficiales y suboficiales no podían admitir que su heroísmo y sus sufrimientos no sólo hubieran sido derrochados en vano por la patria, sino que además no les dieran derechos especiales a la recompensa. Por eso su odio hacia la revolución y el proletariado. Tampoco deseaban aceptar ser relegados por los banqueros, los industriales, los ministros, a los puestos modestos de contadores, ingenieros, funcionarios de correos o maestros. De allí su socialismo.

En el Yser y en Verdún habían aprendido a sacrificarse, a sacrificar a los demás y a hablar el lenguaje de mando que hacía retroceder a los pequeñoburgueses. Así esta gente se transformó en jefes

Al comienzo de su carrera política, Hitler tal vez sólo se distinguía por más carácter, por una voz potente y por una mediocridad intelectual más segura de sí misma. No aportó al movimiento ningún otro programa que la sed de venganza de un soldado ultrajado. Hitler comenzó con injurias y quejas contra las condiciones de Versalles, la carestía de la vida, la falta de respeto hacia los valientes suboficiales y las intrigas de periodistas y banqueros judíos. El país estaba lleno de gente arruinada, hundida, gente con cicatrices y golpes recientes. Cada uno de ellos quería dar puñetazos sobre la mesa. Hitler podía hacerlo mejor que los otros, aunque no sabía cuál era el remedio para el mal. Pero sus exposiciones resonaban tan pronto como una orden, tan pronto como una plegaria dirigida a la suerte cruel. Las clases condenadas —como los enfermos desesperados— no se cansan de cambiar sus quejas ni de escuchar consuelos. Todos los discursos de Hitler estaban concebidos en ese tono. El sentimentalismo amorfo, la carencia de una disciplina de pensamiento, la ignorancia unida a lecturas desordenadas, negativos todos que se transformaban en positivos, y daban a Hitler la posibilidad de unir en la bolsa de pordiosero del nacional-socialismo todos los tipos de descontento y de llevar la masa allí donde éste la empujaba. De sus improvisaciones del comienzo sólo quedará en la memoria del agitador aquello que encontró aprobación. Sus pensamientos políticos fueron el fruto de la acústica oratoria. Así se realizó la elección de consignas. Así se trazó el programa. Así, de la materia bruta, se formó el "jefe".

Desde un principio, Mussolini supo apreciar la materia social más conscientemente que Hitler, de quien

está más cerca el misticismo policial de un Metternich que el álgebra política de un Maquiavelo.

Desde el punto de vista intelectual, Mussolini es más valiente y más cínico. Basta señalar aquí que el ateo de Roma se sirvió de la religión igual que de la policía o la justicia, en tanto que su colega de Berlín creyó realmente en la infalibilidad de la Iglesia romana. En la época en que el futuro dictador italiano aún consideraba a Marx como "nuestro maestro intelectual", defendía con habilidad la teoría que, en la sociedad contemporánea, ve en primer lugar la relación de dos fuerzas fundamentales: la burguesía y el proletariado. Es verdad, escribía Mussolini en 1914, que entre esas fuerzas existen numerosas capas intermedias que forman una "especie de tejido conjuntivo de la colectividad humana", pero, "en los períodos de crisis, las clases intermedias son atraídas según sus intereses y sus ideologías hacia una y otra de las clases fundamentales". Generalización muy importante. Así como la medicina científica ofrece no sólo la posibilidad de curar las enfermedades sino además la de enviar a un hombre sano al otro mundo por la vía más corta, también el análisis de las relaciones de clase, destinado por su creador a movilizar al proletariado, ofreció a Mussolini la posibilidad de movilizar las clases intermedias contra el proletariado, cuando se pasó al campo enemigo. Hitler realizó el mismo trabajo traduciendo la ideología del fascismo al idioma del misticismo alemán.

Las hogueras donde arde la literatura impía del marxismo aclaran vívidamente la naturaleza de clase del nacional-socialismo. Mientras los nazis actuaron como partido, y no como poder del estado, casi

encontraron acceso a la clase obrera. La gran burguesía, por su parte, aun aquella que apoyaba a Hitler con su dinero, no considera a este partido como suyo. El "renacimiento" nacional se apoyó enteramente en las clases intermedias, la parte más atrasada de la nación, el fardo más pesado de la historia. La habilidad política consistió en soldar a los pequeños burgueses en una hostilidad común hacia el proletariado. ¿Qué debía hacerse para que las cosas fueran mejor? Ante todo aplastar a los de abajo. Impotente ante el gran capital, la pequeña burguesía espera reconquistar desde ahora una dignidad social con la ruina de los obreros. Los nazis designan su golpe de estado con el nombre usurpado de revolución. El fascismo deja el sistema social intacto. El golpe de estado de Hitler —tomado en sí— no tiene siquiera el derecho al nombre de contrarrevolución. Pero no se lo puede considerar aisladamente. Es la culminación del ciclo de rupturas que, en Alemania, comenzaron en 1918. La Revolución de noviembre, que dio el poder a un consejo de obreros y soldados, era proletaria por su tendencia fundamental. Pero el partido que estaba a la cabeza del proletariado devolvió el poder a la burguesía. En este sentido, la socialdemocracia inauguró la época de la contrarrevolución antes que la revolución hubiera llegado a cumplir su tarea hasta el fin. Sin embargo, la burguesía todavía dependía tanto de la socialdemocracia, es decir de los obreros, que el régimen conservó los elementos de un compromiso. A pesar de ello la situación internacional e interna del capitalismo alemán ya no dejaba margen para concesiones. Si la socialdemocracia salvó a la burguesía de la revolución proletaria, el fascismo a su vez ha llegado para liberar a la burguesía de la

socialdemocracia. El golpe de estado de Hitler no es más que el eslabón final en la cadena de desplazamientos contrarrevolucionarios.

El pequeñoburgués es hostil a la idea de evolución pues ésta va inevitablemente contra él. El progreso sólo le ha proporcionado deudas que no puede pagar. El nacional-socialismo repudia no sólo el marxismo sino el darwinismo. Los nazis maldicen el materialismo, pues las victorias de la técnica sobre la naturaleza significan la victoria del gran capital sobre el pequeño. Los jefes del movimiento liquidan la intelectualidad porque ellos sólo tienen intelectuales de segundo y tercer orden, y sobre todo, porque su rol histórico no admite que un pensamiento sea elaborado hasta el fin. El pequeño burgués necesita una instancia superior, más allá de la naturaleza y la historia, protegida contra la competencia, la inflación, la crisis y la venta en remate público. A la evolución, a la concepción materialista, al nacionalismo —a los siglos XX, XIX y XVIII— se les opone el idealismo nacional como fuente de inspiración heroica. La nación de Hitler es la sombra mitológica de la propia pequeñoburguesía, delirio patético que le muestra su reinado milenario sobre la tierra.

Para elevar a la nación por encima de la historia se le da el apoyo de la raza. La historia está considerada como una emanación de la raza. Las cualidades de la raza son construidas independientemente de las diversas condiciones sociales. Al rechazar la concepción económica como inferior, el nacional-socialismo desciende a una etapa más baja: del materialismo económico recurre al materialismo zoológico.

La teoría de la raza —como si hubiera sido creada especialmente por un autodidacta pretencioso que bus-

cara la clave universal de todos los misterios de la vida— aparece ante todo lamentable a la luz de la historia de las ideas. Para crear la religión de la sangre germana pura, Hitler ha tenido que tomar prestadas de segunda mano las ideas del racismo de un francés, diplomático y escritor aficionado: el conde de Gobineau. La metodología política Hitler la encontró lista en los italianos, pues Mussolini utilizó ampliamente la teoría de la lucha de clases de Marx. El marxismo mismo es el fruto de la unión de la filosofía alemana, la historia francesa y la economía inglesa. Pero remontando la genealogía de las ideas, sean las más reaccionarias y las más estúpidas, no se encuentran rastros de racismo.

La enorme pobreza de la filosofía nacional-socialista no impidió a las ciencias universitarias entrar con todas su velas desplegadas en la rada de Hitler, cuando su victoria fue suficientemente clara. Los años del régimen de Weimar fueron una época de problema e inquietud para la gran mayoría de los profesores. Los historiadores, los economistas, los juristas, se perdían en conjeturas para saber cuál de los criterios de verdad que se combatían era el más justo, es decir qué campo se hallaría finalmente dueño de la situación. La dictadura fascista disipó toda las dudas de "Fausto" y las vacilaciones de "Hamlet" de la cátedra universitaria. Del crepúsculo de la relatividad parlamentaria, la ciencia entró nuevamente en el reinado del absoluto. Einstein fue obligado a levantar su tienda fuera de Alemania.

En el terreno político, el racismo es una variedad presuntuosa y engreída del chauvinismo mezclada con frenología. Así como la nobleza arruinada halla con-

suelo en su sangre noble, la pequeñoburguesía pauperizada se embriaga con fábulas sobre las ventajas específicas de su raza. Es notable que los jefes del nacional-socialismo no sean de origen germano, sino que provengan de Austria como Hitler, de las provincias bálticas del antiguo imperio de los zares como Rosenberg, de países coloniales como Hess, segundo de Hitler en la dirección del partido. Fue necesaria la batahola bárbara de los nacionalismos de la periferia de la civilización para imponer a los "jefes" las ideas que después encontrarían eco en los corazones de las clases más atrasadas de Alemania.

La personalidad y la clase —el liberalismo y el marxismo— son el mal. La nación, es el bien. Pero con respecto a la propiedad esta filosofía se invierte. Solamente en la propiedad personal reside lo saludable. La idea de propiedad nacional es un fruto del bolchevismo. Al endiosar a la nación, el pequeño burgués no quiere entregarle nada. Por el contrario, espera que la nación le provea bienes propios, y lo proteja del obrero y el alguacil. Infortunadamente, el III Reich no dará a los pequeños burgueses más que nuevos impuestos. En el terreno de la economía contemporánea, internacional por sus relaciones e impersonal por sus métodos, el principio de raza parece surgido de un cementerio medieval. La pureza de la raza que, en lo espiritual está certificada por el pasaporte, debe ser confirmada por la eficacia, especialmente en el terreno económico. En las condiciones contemporáneas esto significa capacidad para competir. Por la puerta trasera el racismo regresa al liberalismo económico desembarazado de las libertades proletarias.

Prácticamente, el nacionalismo económico se re-

frente a las explosiones antisemitas, impotentes pese a su brutalidad. Del sistema económico contemporáneo, los nazis excluyen al capital usurero y bancario como si fuera el demonio. Ahora bien, es precisamente en esta esfera donde la burguesía judía ocupa un lugar importante.

Los pequeñoburgueses se inclinan ante el capital en su conjunto, pero declaran la guerra al maléfico espíritu de acumulación, bajo la forma de un judío polaco de larga levita que, muy a menudo, no tiene un centavo en sus bolsillos. El progrom se convierte en la prueba más elevada de la superioridad de la raza.

El programa con el cual llegó al poder el nacionalsocialismo recuerda mucho a las grandes tiendas judías en una provincia lejana: ¿qué no puede hallarse allí a un precio bajo y de una calidad más baja aún? El recuerdo de los felices tiempos de la libre competencia y la vaga evocación de la estabilidad de una sociedad de castas; las esperanzas en el renacimiento del imperio colonial y los sueños de una economía cerrada; las frases sobre la vuelta del derecho romano al viejo derecho germano y sobre la renegociación de la moratoria norteamericana, la hostilidad envidiosa con respecto a una desigualdad que toma la forma de una casa o un automóvil y el miedo animal a la igualdad que adopta la forma de un obrero con gorra y sin cuello duro; el delirio del nacionalismo y el miedo ante el acreedor mundial . . . todas las inmundicias del pensamiento político internacional sirvieron para colmar el tesoro intelectual del nuevo mesianismo germánico. El fascismo elevó los bajo-fondos de la sociedad hasta la política. No solo en las casas de los campesinos sino en los rascacielos de las ciudades, viven

todavía hoy junto al siglo XX los siglos X y XIII. Cientos de millones de personas utilizan la corriente eléctrica sin dejar de creer en la fuerza mágica de gestos y conjuros. El Papa de Roma propala por radio el milagro de la transformación del agua en vino. Las estrellas de cine visitan a los adivinos. Los aviadores que dirigen mecanismos milagrosos creados por el genio del hombre prenden amuletos sobre sus ropas. ¡Qué reserva inagotable de tinieblas, ignorancia y salvajismo! La desesperanza las puso de pie, el fascismo les dio una bandera. Todo eso que, en el desarrollo normal de la sociedad, sería expulsado del organismo nacional en forma de excremento de la cultura, es ahora arrojado por la garganta: la civilización capitalista vomita una barbarie no digerida, tal es la fisiología del nacional-socialismo.

El fascismo alemán, como el italiano, alcanzó el poder sobre las espaldas de la pequeñoburguesía, a la que transformó en ariete contra las organizaciones de la clase obrera y de la democracia. Pero el fascismo en el poder no es en absoluto el gobierno de la pequeñoburguesía. Por el contrario, es la dictadura más implacable del capital monopolista. Mussolini tiene razón: las clases intermedias son incapaces de una política independiente. En los períodos de gran crisis son convocadas para llevar, hasta el absurdo, la política de una de las dos clases fundamentales. El fascismo ha conseguido ponerlas al servicio del capital. Consignas tales como estatización de los trusts y eliminación de las ganancias ilegítimas, se han visto bruscamente echadas por la borda desde la llegada al poder. En cambio, el particularismo de los "territorios" alemanes que se basaba en las particularidades de la pequeñoburguesía

ha dejado lugar al centralismo capitalista y policial. Cada éxito de la política externa e interna del nacional-socialismo significa, inevitablemente, el aplastamiento del pequeño capital por el gran capital.

El programa de ilusiones pequeñoburguesas no está anulado. Se aparta simplemente de la realidad y se diluye en actos rituales. La unificación de todas las clases se reduce al semi-simbolismo del servicio obligatorio del trabajo y a la confiscación "a favor del pueblo" de la fiesta obrera del Primero de Mayo.

El mantenimiento del alfabeto gótico en lugar del latino es una revancha simbólica contra el curso del mercado mundial. La dependencia respecto de los banqueros internacionales, incluidos los judíos, no disminuye ni un ápice. En cambio está prohibido sacrificar animales según el rito de Talmud. Si el infierno está empedrado de buenas intenciones, los caminos del III Reich están embaldosados con símbolos.

El nacional-socialismo crece por sobre la nación como la peor forma del imperialismo, al reducir el programa de ilusiones pequeñoburguesas a simples mascaradas burocráticas.

La esperanza de que el gobierno de Hitler podría caer hoy o mañana víctima de su propia inconsistencia intrínseca es totalmente vana.

Para llegar al poder los nazis necesitaban un programa, pero el poder no les sirve de nada para cumplir ese programa. El capital monopolista les ha fijado la tarea. La concentración forzosa de todos los recursos y los medios del pueblo según los intereses del imperialismo —real misión histórica del fascismo— significa la preparación de la guerra. Esta tarea no encuentra ninguna oposición interna y lleva a la concentración

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

mecánica ulterior del poder. El fascismo no se puede reformar ni puede renunciar, sólo se puede derribarlo. La órbita política del nazismo desembocará en la alternativa: guerra o revolución. El primer aniversario de la dictadura nazi se aproxima. Todas las tendencias del régimen han aparecido con claridad y precisión. La "revolución socialista", que las masas pequeñoburguesas creían era el complemento indispensable de la "revolución nacional", está oficialmente condenada y liquidada. La fraternización entre las clases ha llegado a su punto culminante en el hecho que los poseedores —en un día especialmente fijado por el gobierno— renuncien a sus fiambres y sus postres en favor de los desposeídos. La lucha contra la desocupación ha desembocado en que se han reducido a la mitad las raciones de hambre. El resto es la tarea de la estadística bien ordenada. La autarquía "planificada" demuestra ser simplemente un nuevo estadio de la disgregación económica.

Cuanto más impotente es el régimen policial nazi en el terreno económico, más se ve obligado a dedicar sus esfuerzos al campo de la política exterior. Esto responde totalmente a la dinámica interna del capital alemán, esencialmente agresivo. El repentino cambio de actitud de los jefes nazis, que ahora hacen declaraciones pacifistas, sólo puede asombrar a los muy bobos. ¿Qué otro método le queda a Hitler para hacer caer la responsabilidad de los desastres internos en los enemigos del exterior y acumular, bajo la prensa de la dictadura, la fuerza explosiva del imperialismo?

Esta parte del programa, ya señalada abiertamente antes de la llegada de los nazis al poder, se cumple ahora con una lógica de hierro, ante los ojos del mundo entero. El plazo que nos separa de una nueva catástrofe

europea está determinado por el tiempo necesario para el rearme alemán. No se trata de meses, pero tampoco de decenas de años. Si Hitler no es detenido a tiempo por las fuerzas internas de Alemania, algunos años bastarán para que Europa se encuentre nuevamente lanzada a una guerra.

6. LA SITUACION EN ALEMANIA [7]

La situación de Alemania se destaca netamente sobre el fondo de la política mundial, que está lejos de ser pacífica. En este país los antagonismos políticos y económicos han alcanzado una gravedad inusitada. El desenlace está muy próximo. Se acerca el momento en que la situación prerrevolucionaria debe transformarse en revolucionaria o... contrarrevolucionaria. Según la dirección y la solución que encuentre la crisis alemana quedarán comprometidos por muchos años no sólo la suerte de Alemania (y esto ya sería mucho) sino el destino de Europa y del mundo entero.

La construcción socialista de la URSS, la marcha de la revolución española, el desarrollo de una situación prerrevolucionaria en Inglaterra, el porvenir del imperialismo francés, la suerte del movimiento revolucionario en China e India están relacionados directa e inmediatamente con una sola cuestión: ¿quién triunfará en Alemania en los próximos meses, el comunismo o el fascismo?

Después de las elecciones para diputados, de septiembre del año pasado, la dirección del Partido Comunista alemán afirmó que el fascismo había llegado a su punto culminante y que de allí en adelante entraría rápidamente en descomposición, despejando el camino para una revolución proletaria. La Oposición Comunista de Izquierda (bolcheviques-leninistas) denunció enton-

7 Fragmentos de "La clave de la situación internacional está en Alemania" escrito el 26 de noviembre de 1931, [illegible] Tomo III. Quatrieme Internationale. Paris, 1959.

6 LA SITUACION EN ALEMANIA [7]

La situación de Alemania se destaca netamente sobre el fondo de la política mundial, que está lejos de ser pacífica. En este país los antagonismos políticos y económicos han alcanzado una gravedad inusitada. El desenlace está muy próximo. Se acerca el momento en que la situación prerrevolucionaria debe transformarse en revolucionaria o . . . contrarrevolucionaria. Según la dirección y la solución que encuentre la crisis alemana quedarán comprometidos por muchos años no sólo la suerte de Alemania (y esto ya sería mucho) sino el destino de Europa y del mundo entero.

La construcción socialista de la URSS, la marcha de la revolución española, el desarrollo de una situación prerrevolucionaria en Inglaterra, el porvenir del imperialismo francés, la suerte del movimiento revolucionario en China e India están relacionados directa e inmediatamente con una sola cuestión: ¿quién triunfará en Alemania en los próximos meses, el comunismo o el fascismo?

Después de las elecciones para diputados, de septiembre del año pasado, la dirección del Partido Comunista alemán afirmó que el fascismo había llegado a su punto culminante y que de allí en adelante entraría rápidamente en descomposición, despejando el camino para una revolución proletaria. La Oposición Comunista de Izquierda (bolcheviques-leninistas) denunció enton-

7 Fragmentos de "La clave de la situación internacional está en Alemania" escrito el 26 de noviembre de 1931, de Ecrits. Tomo III. Quatrieme Internationale. Paris, 1959.

ces ese optimismo inoportuno. El fascismo se origina de dos condiciones: por un lado, una grave crisis social y, por el otro, la debilidad revolucionaria del proletariado alemán. Esta, a su vez, tiene dos causas: la primera, el rol histórico de la socialdemocracia que es todavía un poderoso agente del capitalismo en las filas del proletariado, y la segunda, la incapacidad de la dirección centrista del Partido Comunista para unir a los obreros bajo la bandera de la revolución.

Para nosotros el factor subjetivo es el Partido Comunista, ya que la socialdemocracia es un factor objetivo que deberá ser suprimido. Si el PC fuera capaz de lograr la unidad de la clase obrera, transformándola en poderoso polo de atracción revolucionaria de todas las masas oprimidas de la población, el fascismo caería hecho pedazos, sin lugar a dudas. Pero después de las elecciones de septiembre, la política del PC sólo ha agravado su falta de consistencia: declaraciones sobre el "social-fascismo", coqueteos con el patriotismo, falsificación del auténtico fascismo en un intento de competir en su mismo terreno, y esa aventura criminal del "referendum rojo" son todos impedimentos para que se convierta en el conductor del proletariado y el pueblo. En el curso de los últimos meses, sólo ha reunido bajo su bandera nuevos elementos que eran empujados por la violencia de una crisis enorme. La socialdemocracia, a pesar de una situación política que debería haber causado su ruina, pudo conservar el grueso de sus militantes, gracias a la ayuda del PC, y si bien sufre pérdidas considerables, por el momento éstas tienen una importancia secundaria. En cuanto al fascismo, a pesar de las recientes fanfarronerías de Tahelmann, Remmelé y otros —pero en un todo de acuerdo con los pronós-

ticos de los bolcheviques-leninistas— ha realizado enormes progresos desde septiembre del año pasado. La dirección de la Internacional Comunista no ha sabido ni preverlo ni evitarlo. Sus resoluciones y otros documentos no representan más que una fotografía tomada desde la parte posterior del proceso histórico.

7. BURGUESIA, PEQUEÑOBURGUESIA Y PROLETARIADO [8]

Cualquier análisis serio de la situación política debe tomar como punto de partida las relaciones entre las tres clases: la burguesía, la pequeñoburguesía (incluyendo el campesinado) y el proletariado.

La gran burguesía, poderosa económicamente en sí misma, representa una minoría infinitesimal de la nación. Para reforzar su dominación, debe asegurar una relación mutua definida con la pequeñoburguesía y a través de ésta con el proletariado.

Para comprender la dialéctica de la relación entre las tres clases debemos diferenciar tres etapas históricas: en los albores del desarrollo capitalista, cuando la burguesía necesita métodos revolucionarios para realizar sus tareas; en el período floreciente y maduro del régimen capitalista, cuando la burguesía impone su dominación con formas democráticas ordenadas, pacíficas, y conservadoras; y finalmente en la declinación del capitalismo, cuando la burguesía está obligada a recurrir a métodos de guerra civil contra el proletariado para proteger sus derechos de explotación.

Los programas políticos característicos de estas tres etapas: jacobinismo, democracia reformista (incluida la socialdemocracia) y fascismo, son básicamente programas de corrientes pequeñoburguesas. Este solo hecho, más que ningún otro, muestra qué enorme im-

8 *Fragmento de The Only Road*, escrito en abril de 1933.

portancia —o más bien qué decisiva importancia— tiene la autodeterminación de las masas populares pequeñoburguesas, para el destino de toda la sociedad burguesa.

No obstante, la relación entre la burguesía y su base social de apoyo —la pequeñoburguesía— no descansa en absoluto en la confianza recíproca y la colaboración pacífica. En su conjunto, la pequeñoburguesía es una clase explotada y privada de derechos políticos. Y ve a la burguesía con envidia y a menudo con odio. La burguesía, por su parte, aunque utiliza el apoyo de la pequeñoburguesía no confía en ella, porque teme —con razón— su tendencia a romper las barreras que se le oponen.

Al mismo tiempo que preparaban y despejaban el camino para el desarrollo burgués, los jacobinos (revolucionarios burgueses) temían, a cada paso, violentos choques con la burguesía. La servían en una lucha intransigente contra ella. Tras haber cumplido su limitado rol histórico, los jacobinos cayeron, porque la dominación del capital estaba predeterminada.

Por toda una serie de etapas, la burguesía reforzó su poder con formas de democracia parlamentaria. Pero aun entonces no lo hizo pacífica ni voluntariamente. La burguesía tenía un miedo mortal al sufragio universal. Pero en última instancia, con la ayuda de una combinación de medidas violentas y concesiones, de prohibiciones y reformas, consiguió subordinar a los esquemas de la democracia formal no sólo a la pequeñoburguesía sino también, en una medida considerable, al proletariado por medio de una nueva pequeñoburguesía: la burocracia obrera.

En agosto de 1914 la burguesía imperialista pudo

—por medio de la democracia parlamentaria— llevar a la guerra a millones de obreros y campesinos.

La declinación del capitalismo

Con la guerra, precisamente, comienza una clara declinación del capitalismo y, sobre todo, de sus formas democráticas de dominio. Ahora ya no es cuestión de nuevas formas y dádivas, sino de cortar y suprimir las antiguas. En esa forma la burguesía entra en conflicto no únicamente con las instituciones de la democracia proletaria (sindicatos y partidos políticos) sino además con la democracia parlamentaria, dentro de cuyos marcos surgieron las organizaciones obreras. Y de allí la campaña contra el "marxismo" por un lado y contra el parlamentarismo democrático por el otro.

Pero así como las cumbres de la burguesía liberal fueron incapaces en su época, de acabar por sus propias fuerzas con la monarquía, el feudalismo y la iglesia, igualmente los magnates del capital financiero son incapaces de acabar con el proletariado mediante sus propias fuerzas. Tienen necesidad de la ayuda de la pequeñoburguesía. Con ese objetivo, hay que evitarla, levantarla sobre sus propias piernas, movilizarla, armarla. Pero este método tiene su peligro. Al mismo tiempo que utiliza al fascismo, la burguesía tiene miedo de él. Pilsudsky fue obligado, en mayo de 1926, a salvar la sociedad burguesa polaca. La cosa fue tan lejos que el dirigente oficial del Partido Comunista Polaco, Warsky (que había pasado de Rosa Luxenburgo, no a Lenín, sino a Stalín) tomó el golpe de Estado de Pilsudsky por el camino de la "dictadura democrático-burguesa" y llamó a los obreros a apoyarlo.

En la sesión de la comisión polaca del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, del 2 de julio de 1926, el autor de estas líneas decía respecto a los acontecimientos en Polonia:

"Visto en su conjunto el levantamiento de Pilsudsky es la manera pequeñoburguesa, plebeya de resolver las tareas candentes de la sociedad burguesa en descomposición y declinación. En esto existe ya una semejanza directa con el fascismo italiano".

"Esas dos corrientes tienen indudablemente rasgos comunes: reclutan sus tropas de choque principalmente de la pequeñaburguesía; tanto Pilsudsky como Mussolini trabajaron con medios extraparlamentarios, de confesada violencia, con los métodos de la guerra civil: ambos estuvieron preocupados, no por la destrucción, sino por la salvación de la sociedad burguesa. Aunque habían levantado la pequeñaburguesía sobre sus propias piernas, se unieron abiertamente a la gran burguesía después de la toma del poder. Aquí se impone involuntariamente una generalización histórica, al recordar la apreciación que hacía Marx sobre el jacobinismo como el modo plebeyo de arreglar las cuentas con los enemigos feudales de la burguesía . . . Eso era en el *período de ascenso* de la burguesía. Ahora se debe decir que, en el *período de declinación* de la sociedad burguesa, la burguesía tiene nuevamente necesidad de una forma "plebeya" de solución a sus tareas no ya progresistas, sino completamente reaccionarias. En ese sentido *el fascismo es una caricatura del jacobinismo*.

"La burguesía es incapaz de mantenerse en el poder utilizando los medios y los métodos del estado par-

lamentario creado por ella misma, tienen necesidad del fascismo como arma de autodefensa por lo menos para los instantes críticos. Sin embargo, a la burguesía no le place el modo plebeyo de solucionar sus problemas. En general permaneció hostil al jacobinismo que había limpiado con su sangre la vía del desarrollo de la sociedad burguesa. Los fascistas se encuentran incomparablemente más cerca de la burguesía decadente que los jacobinos de la burguesía ascendente. Sin embargo, la burguesía sólida no ve tampoco con placer las formas fascistas para la resolución de sus tareas, pues las conmociones, aunque se producen en interés de la sociedad burguesa, están ligadas a peligros para ella. De ahí la oposición entre el fascismo y los partidos burgueses . . .

"A la gran burguesía le gusta tanto recurrir al fascismo como a un hombre con dolor de muelas hacerse arrancar los dientes. Los círculos sólidos de la sociedad burguesa siguieron a disgusto el trabajo del dentista Pilsudsky, mas, al fin de cuentas, se acomodaron a lo inevitable, pero sin embargo, con amenazas, regateos y negociados. De esta manera el que fuera ídolo de la víspera de la pequeñaburguesía, se transforma en gendarme del capital".

La teoría del "Social-fascismo"

A esta tentativa de marcar el lugar histórico del fascismo como relevo político de la socialdemocracia, se le opuso la teoría del social-fascismo (Stalin elaboró la teoría de que el fascismo y la socialdemocracia eran "gemelos"). En sus comienzos, esto podía aparecer como una insolente estupidez, ruidosa, pero inofensiva. Los acontecimientos posteriores mostraron qué influen-

cia perniciosa ejerció realmente la teoría stalinista sobre todo el desarrollo de la Internacional Comunista.

¿Del papel histórico del jacobinismo, de la democracia y del fascismo se desprende que la pequeñaburguesía está condenada a seguir siendo hasta el fin de su días un instrumento en manos del capital? Si las cosas fueran así, la dictadura del proletariado sería imposible en una serie de países donde la pequeñaburguesía constituye la mayoría de la nación y, además, sería extremadamente difícil en otros países donde la pequeñaburguesía representa una minoría importante. Las cosas no son así por suerte, y la experiencia de la Comuna de París ya demostró, por lo menos en el límite de una ciudad, y lo mismo después de ella la Revolución de Octubre en una escala y en todo un período incomparablemente más grandes, que la alianza de la grande y de la pequeñaburguesía no es indisoluble. Como la pequeñaburguesía es incapaz de una política *independiente* (es también por eso que la "dictadura democrática" pequeñoburguesa es irrealizable), sólo le queda pues la elección entre la burguesía y el proletariado.

En la época de ascenso, del crecimiento y de florecimiento del capitalismo la pequeñaburguesía, a pesar de las agudas irrupciones de descontento, marchó en general, con obediencia, en el séquito capitalista. Tampoco podía hacer otra cosa. Pero, en las condiciones de descomposición del capitalismo y en la situación económica sin salida, la pequeñaburguesía trata de sustraerse a las cadenas de los antiguos amos y dirigentes de la sociedad y trata de hacerlo. Ella es perfectamente capaz de atar su suerte a la del proletariado. Para eso, sólo se precisa una condición: que la pequeñaburguesía

adquiera el convencimiento de que el proletariado es capaz de conducir a la sociedad por un nuevo camino. El proletariado no puede inspirarle esta convicción sino por la fuerza, mediante la seguridad de sus acciones, mediante una ofensiva hábil contra el enemigo, mediante el éxito de su política revolucionaria.

¡Pero, ¡ay! si el partido revolucionario no se muestra a la altura de la situación! La lucha cotidiana del proletariado agudiza la inestabilidad de la sociedad burguesa. Huelgas y perturbaciones políticas agravan la situación económica del país. La pequeñaburguesía podría aceptar pasajeramente privaciones crecientes, si llega, por su experiencia, a la convicción de que el proletariado puede llevarla por una nueva vía. Pero si el partido revolucionario, a pesar del acentuamiento incesante de la lucha de clases, se muestra siempre incapaz de reunir en torno de sí a la clase obrera, si oscila, se pierde, se contradice, entonces la pequeñaburguesía pierde la paciencia y comienza a ver en los obreros revolucionarios a los causantes de su propia miseria. Todos sus pensamientos son empujados en esa dirección por todos los partidos burgueses, inclusive también por la socialdemocracia. Si la crisis social adquiere una agudeza insoportable, entonces aparecerá un partido cuyo objetivo directo es caldear al rojo vivo a la pequeñaburguesía y dirigir su odio y su desesperación contra el proletariado. En Alemania esa función histórica ha sido llenada por el nacional-socialismo, una amplia corriente cuya ideología se compone de todas las exhalaciones putrefactas de la sociedad burguesa en descomposición.

La responsabilidad política principal del crecimiento del fascismo corresponde, naturalmente, a la so-

cialdemocracia. Desde la guerra imperialista el trabajo de ese partido se reduce a arrancar de la conciencia del proletariado la idea de una política independiente, a sugerirle la creencia en la eternidad del capitalismo y a obligarlo cada vez a arrodillarse ante la decadente burguesía. La socialdemocracia enseña al obrero a ser un lacayo. La política reformista quita al proletariado la posibilidad de dirigir a las masas plebeyas de la pequeñaburguesía y con ese acto ya transforma a éstas en carne de cañón para el fascismo.

Pero políticamente, para nosotros, la cuestión no se resuelve con la responsabilidad de la socialdemocracia. Desde el comienzo de la guerra (*) hemos denunciado a ese partido como la agencia de la burguesía imperialista en las filas del proletariado. De esta nueva orientación de los marxistas revolucionarios nació la la Tercera Internacional. Su tarea consistía en unificar al proletariado bajo las banderas de la Revolución y en asegurarle así influencia dirigente sobre las masas oprimidas de la pequeñaburguesía de las ciudades y del campo.

El período de postguerra fue en Alemania, más que en cualquier otra parte, una época de situación económica sin salida y de guerra civil. Las condiciones internacionales, así como las nacionales, impulsaban imperiosamente al país en las vías del socialismo. Cada paso de la socialdemocracia puso al desnudo su decadencia y su impotencia, la esencia reaccionaria de su política, la venalidad de sus jefes. ¿Qué condiciones se necesitaban todavía para el desarrollo del Partido Comunista? Sin embargo el comunismo alemán, después

9 Se refiere a la primera guerra mundial de 1914-1918.

de los primeros años con sus importantes éxitos, entró en una era de oscilaciones, de zigzagueos, de cambios alternativos entre el oportunismo y el aventurerismo. La burocracia centrista debilitó sistemáticamente a la vanguardia proletaria y le impidió arrastrar a la clase bajo su dirección. Mediante éso, quitó al conjunto del proletariado la posibilidad de arrastrar bajo su dirección a las masas oprimidas de la pequeñaburguesía. La responsabilidad directa e inmedista del crecimiento del fascismo, ante la vanguardia proletaria, recae así sobre la burocracia stalinista.

8. ¿ES VERDAD QUE LA PEQUEÑABURGUESIA TEME LA REVOLUCION? [10]

Los parlamentarios imbéciles que se consideran a sí mismos conocedores del pueblo gustan repetir: "No se debe atemorizar a la clase media con revolución. No le gustan los extremos". En su forma general esta afirmación es totalmente falsa. Por supuesto, el pequeño propietario prefiere el orden en tanto los negocios vayan bien y en tanto espera que mañana irán mejor.

Pero cuando pierde esta esperanza, se enfurece fácilmente y está pronto a lanzarse a las más extremas medidas. Si no fuera así ¿cómo podría haber derrocado al estado democrático y llevar al poder al fascismo en Italia y Alemania? El pequeñoburgués desesperado ve ante todo en el fascismo una fuerza de lucha contra el gran capital, y cree que, contrariamente a los partidos políticos obreros que sólo usan palabras, el fascismo usará la fuerza para implantar más "justicia". El campesino y el artesano son realistas a su modo. Ellos comprenden que no debe renunciarse al uso de la fuerza.

Es falso, triplemente falso, afirmar que el pequeñoburgués de hoy no va a los partidos obreros porque teme las "medidas extremas". Todo lo contrario, la masa pequeñoburguesa sólo ve en los partidos obreros máquinas parlamentarias. No creen en sus fuerzas, ni

10 Fragmento de Whither France?, escrito el 9 de noviembre, 1934.

en su capacidad de lucha, ni en su disposición actual para llevar la lucha hasta el fin.

Psicología de la clase media

Y entonces, ¿vale la pena reemplazar a los representantes capitalistas democráticos por sus colegas parlamentarios de la izquierda? Así es como razona o siente el propietario semiexpropiado, arruinado y descontento.

Sin una comprensión de esta psicología de los campesinos, los artesanos, los empleados, los pequeños funcionarios, etc. —psicología que deriva de la crisis social— es imposible elaborar una política correcta. La pequeñaburguesía es económicamente dependiente y está políticamente atomizada. Por eso no puede llevar una política independiente. Necesita una "dirección" que le inspire confianza. Esta dirección individual o colectiva —personaje o partido— sólo le puede ser ofrecida por una de las dos clases fundamentales —la gran burguesía o el proletariado—. El fascismo unifica y arma a las masas dispersas. Con despojos humanos organiza cuerpos de combate. Esto da a la pequeñaburguesía la ilusión de ser una fuerza independiente. Comienza a imaginar que ella domina realmente al Estado.

¡No es extraño que estas ilusiones y esperanzas atraigan a la pequeñaburguesía! Pero también puede encontrar un líder en el proletariado. Esto se demostró en Rusia y, parcialmente, en España.

En Italia, en Alemania y en Austria la pequeñaburguesía se inclinaba en esa dirección. Pero los partidos del proletariado no estuvieron a la altura de su

tarea histórica. Para atraer a la pequeñaburguesía a su lado, el proletariado debe ganar su confianza. Y para eso, debe tener confianza en sus propias fuerzas.

Debe poseer un programa de acción claro y debe estar dispuesto a luchar por el poder con todos los medios posibles. Templado por su partido revolucionario para una lucha decisiva y sin cuartel, el proletariado dirá a los campesinos y la pequeñaburguesía de las ciudades: "Estamos luchando por el poder. Este es nuestro programa. Estamos dispuestos a discutir con ustedes los cambios en él. Sólo emplearemos la violencia contra el gran capital y sus lacayos pero con ustedes trabajadores, deseamos llegar a una alianza sobre la base de un programa determinado". Los campesinos entenderán tal lenguaje. Sólo deben tener fe en la capacidad del proletariado para llegar al poder.

Pero para eso es necesario depurar el frente unificado de todo equívoco, de toda indecisión y de todas las frases huecas. Es necesario comprender la situación y colocarse a sí mismo responsablemente en el camino revolucionario.

8. LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMAN [11]

El proletariado más poderoso de Europa por su lugar en la producción, su peso social y la fuerza de sus organizaciones, no ha mostrado resistencia desde el arribo de Hitler al poder y los primeros ataques violentos contra las organizaciones obreras. Es este un hecho sobre el cual deben basarse todos los futuros cálculos estratégicos. Sería absolutamente insensato que la evolución posterior de Alemania siguiera el camino italiano, que Hitler afianzara su dominio gradualmente sin seria resistencia, que el fascismo alemán gozara largos años de dominio. Nada de esto, el futuro del nacional-socialismo debe trazarse analizando las condiciones alemanas e internacionales y no por simples analogías históricas.

Pero también es ya evidente que si desde septiembre de 1930 en adelante nosotros pedíamos a la Internacional Comunista una política para el futuro inmediato, ahora es necesario elaborar una política de largo alcance. Antes de que la batalla *decisiva* sea posible, la vanguardia proletaria debe reorientarse, vale decir debe comprender lo que ha sucedido, debe deslindar las responsabilidades de la gran derrota histórica, buscar una nueva vía y de esta manera recuperar la confianza en sí misma.

El rol criminal de la socialdemocracia no necesita

11 Publicado en The Militant, New York, el 8 de abril de 1933.

comentarios, la Internacional Comunista fue creada hace catorce años, precisamente, para arrebatar al proletariado de la influencia desmoralizadora de la socialdemocracia. Si hasta ahora no lo ha conseguido, si el proletariado alemán se encontró impotente, desarmado y paralizado en el momento de su mayor prueba histórica, la culpa directa e indirectamente recae sobre los dirigentes del Comintern posteriores a Lenin. Esta es la primera conclusión que debe sacarse de inmediato.

La culpabilidad del Comintern de Stalin

A pesar de los alevosos golpes de la burocracia stalinista la Oposición de Izquierda (trotskista) mantuvo hasta el fin su fidelidad al partido oficial. Los bolcheviques-leninistas (trotskistas) comparten ahora la suerte de todas las otras organizaciones comunistas: los militantes son arrestados, se prohíben nuestras publicaciones, se confisca nuestra literatura. Hitler se ha apresurado a suspender hasta el "Boletín de la Oposición" que aparecía en idioma ruso. Pero si bien, junto a toda la vanguardia proletaria, los bolcheviques-leninistas sufren las consecuencias de la primera victoria seria del fascismo, no puede ni podrá caer sobre ellos ni siquiera la sombra de la responsabilidad por la política oficial del Comintern.

Desde 1928, o sea desde el comienzo de la lucha contra la Oposición de Izquierda, la dirección stalinista ayudó —si bien indirectamente— a la socialdemocracia con todas sus fuerzas a desviar, a desorientar y debilitar al proletariado alemán: detenía y frenaba a los obreros cuando las condiciones exigían una valiente ofensiva revolucionaria; proclamaba la proximidad de

la situación revolucionaria cuando ya había pasado; concertaba acuerdos con charlatanes y agitadores pequeñoburgueses; andaba a tumbos, impotente, tras la socialdemocracia con el justificativo del frente único; proclamaba el "tercer período" y la lucha para ganar las calles, en condiciones de retroceso político y debilidad del Partido Comunista; aislaba a los comunistas de la masa de los sindicatos; identificaba a la socialdemocracia con el fascismo y realizaba el frente único con las organizaciones obreras de masas ante las bandas agresoras de los nacional-socialistas; saboteaba la más mínima iniciativa de frente único para la defensa local y, al mismo tiempo, engañaba sistemáticamente a los obreros sobre la verdadera relación de fuerzas, distorsionaba los hechos, presentaba como amigos a los enemigos y como enemigos a aquéllos. Y ajustaba cada vez más el lazo alrededor del cuello del partido, no permitiéndole ya respirar libremente, ni hablar, ni pensar.

La locura de Thaelmann

Entre toda la extensa literatura dedicada al problema del fascismo, basta como referencia el discurso de Thaelmann, dirigente oficial del Partido Comunista Alemán, quien en el Plenario del Comité Ejecutivo del Comintern en abril de 1931, denunció a los "pesimistas", (vale decir a aquellos que sabían prever) en los siguientes términos: "nosotros no hemos permitido que el pánico nos disperse... Hemos establecido serena y firmemente el hecho de que el 14 de septiembre de 1930 fue en cierta forma el mejor día de Hitler, y que después no vendrán días mejores sino peores. Esta eva-

luación que hemos dado al desarrollo de ese partido se confirma con los acontecimientos... Hoy los fascistas ya no tienen motivos para reír". Refiriéndose a la creación de grupos de defensa por la socialdemocracia, Thaelmann demostró en el mismo discurso que esos grupos no diferían en nada de las tropas de choque de los nacional-socialistas y que ambos se preparaban en formación paralela para aniquilar al comunismo.

Hoy Thaelmann está encarcelado. Frente al triunfo de la reacción los bolcheviques-leninistas están en las mismas filas que él. Pero la política de Thaelmann es la de Stalin, es decir, la política oficial del Comintern. Esta política es precisamente la causa de la total desmoralización del partido en el momento de peligro, cuando los dirigentes pierden la cabeza, cuando los militantes desacostumbrados a pensar caen postrados, cuando las principales posiciones históricas son entregadas sin lucha. Una falsa teoría política lleva en sí su propio castigo. La fuerza y la rigidez del aparato sólo aumenta la dimensión de la catástrofe. Luego de haber entregado al enemigo todo lo que se podía entregar en tan breve lapso, los stalinistas tratan de rectificar el pasado por medio de acciones convulsivas que sólo demuestran con más claridad toda la cadena de crímenes que han cometido. Ahora que la prensa del Partido Comunista ha sido suprimida, que el aparato del partido está destruido, que el pendón sangriento del fascismo ondea impunemente sobre la casa de Carl Liebknecht, el Comité Ejecutivo del Comintern ha iniciado el camino hacia el Frente Unico, no sólo en la base sino también con la dirección. El nuevo viraje, más agudo que todos los precedentes, no ha sido efectuado sin embargo por impulso del Comité Ejecutivo, la burо-

cracia stalinista ha dejado la iniciativa en manos de la Segunda Internacional.

Esta ha conseguido apoderarse del arma del Frente Unico, a la cual temía mortalmente hasta ahora. En la medida en que es posible hablar de ventajas en condiciones de retroceso y pánico, estas se hallarán para los reformistas. Obligados a responder a una pregunta directa, la burocracia stalinista elige las peores palabras; no rechaza un acuerdo entre las dos Internacionales, pero tampoco lo acepta; juega a las escondidas. Ha llegado a una tal falta de confianza en sí misma, a una tal degradación, que ya no se atreve a mostrarse ante el proletariado mundial frente a frente con los líderes de la Segunda Internacional, los estigmatizados agentes de la burguesía, los electores de Hindenburg que marcaron el sendero para el fascismo.

En un llamado especial del Comité Ejecutivo del Comintern del 5 de marzo, (de 1933) "A los obreros de todos los países", los stalinistas no dicen una palabra sobre el socialfascismo como principal enemigo. Ya no hablan más sobre el gran descubrimiento de su líder: "la socialdemocracia y el fascismo no son antípodas sino gemelos".

No mencionan siquiera la inadmisibilidad del frente único desde arriba. Por el contrario, enumeran cuidadosamente aquellos casos en que, inesperadamente para los obreros y para la burocracia stalinista, se encontró obligada a improvisar proposiciones para el frente único a los dirigentes reformistas.

Así naufragan en la furia de la tempestad histórica las teorías artificiales, falsas y charlatanescas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

"Tomando en cuenta las particularidades de cada país" y la imposibilidad —que supuestamente deriva de ellas— de organizar un frente único en escala internacional (súbitamente se olvida la lucha contra el "excepcionalismo" o sea la teoría de las alas derechas basadas en particularidades nacionales), la burocracia stalinista recomienda a los Partidos Comunistas nacionales dirigir propuestas para un frente único a los "Comités Centrales de los partidos socialdemócratas". ¡Hasta ayer a esto se lo calificaba como capitulación ante el social fascismo! Así son todas las grandes lecciones del stalinismo durante los últimos cuatro años: saltar de la sartén para caer en las brasas. Es todo un sistema político reducido a cenizas.

Pero las cosas no paran ahí: habiendo declarado la imposibilidad actual de las condiciones para un frente único en el terreno internacional, el Comité Ejecutivo lo olvida de inmediato y sólo veinte líneas más adelante formula las condiciones bajo las cuales el frente único es admisible y aceptable en *todos* los países, a pesar de las diferentes condiciones nacionales. El retroceso ante el fascismo es seguido por una retirada en pánico por las órdenes teóricas del stalinismo. Trozos y fragmentos de ideas y principios son arrojados por el camino como lastre.

Las condiciones para el frente único establecidas por el Comintern para todos los países (comités de acción contra el fascismo, demostraciones y huelgas contra la reducción de salarios) no representa nada nuevo. Por el contrario, *son una reproducción esquematizada y burocratizada de las consignas* formuladas con

mayor claridad hace dos años y medio por la Oposición de Izquierda y por las cuales se la consideró aliadas en el campo fascista. El frente único con esa base podía haber erigido puentes decisivos en Alemania; pero para conseguir esa finalidad debía haber sido llevada a cabo a su tiempo. El tiempo es un factor importante en política.

¿Cuál es entonces ahora el valor práctico de las propuestas del C. Ejecutivo? Para Alemania es casi nulo. La política de frente único supone un "frente", o sea, posiciones estables y una dirección centralizada. La Oposición de Izquierda presentó las condiciones para el frente único como condiciones para una *defensa activa* con la perspectiva de pasar después a la *ofensiva*. Ahora, el proletariado alemán ha llegado al estado de *retirada desordenada*, sin siquiera batallar desde la retaguardia. En esta situación pueden producirse y se producirán uniones voluntarias de obreros comunistas y socialdemócratas para tareas *episódicas*, pero la realización sistemática de un frente único se ha retrasado inexorablemente para un futuro indeterminado. No pueden existir ilusiones en este aspecto.

El círculo alrededor de Alemania

Hace aproximadamente quince meses escribimos que la clave de la situación estaba en manos del Partido Comunista alemán. Ahora, la burocracia stalinista la ha dejado escapar de las manos. Serán necesarios grandes acontecimientos que no dependen de la voluntad del Partido, para dar a los obreros la posibilidad de levantarse, de fortificarse, de reconstruir sus filas y pasar a una *defensa activa*. No tenemos forma de saber

con precisión cuándo ocurrirá esto. Tal vez mucho antes de lo que la contrarrevolución triunfante espera. Pero de todos modos no serán los que han publicado el manifiesto del Comité Ejecutivo quienes dirigirán la política de Frente Unico en Alemania.

Cuando la posición central se ha entregado, uno debe fortificarse en las cercanías, preparar puntos de apoyo para la nueva ofensiva. Dentro de Alemania eso significa la clarificación crítica del pasado, el apoyo al vigoroso espíritu de la vanguardia militante, su reagrupamiento, la organización de luchas de retaguardia donde sea posible, esperando entre tanto el momento en que los diversos grupos combatientes, puedan reunirse en un gran ejército.

Simultáneamente, esta preparación significa la defensa de las posiciones proletarias en los países estrechamente ligados a Alemania o situados cerca de su territorio: en Austria, Checoslovaquia, Polonia, los países bálticos, Escandinavia, Bélgica, Holanda, Francia y Suiza. El fascismo alemán debe ser rodeado por un poderoso círculo de fortificaciones proletarias.

Sin abandonar un momento los intentos para frenar la desordenada retirada de los obreros alemanes, es necesario crear posiciones fortificadas proletarias alrededor de las fronteras alemanas para la lucha contra el fascismo.

El rol de Austria

Austria aparece en primera fila pues está inmediatamente amenazada por el cataclismo fascista. Podría decirse con certeza que si el proletariado austriaco tomara el poder ahora y transformara su país en un

campo de batalla revolucionario, Austria podría ser para la revolución del proletariado alemán lo que el Piamonte fue para la revolución de la burguesía italiana. No puede predecirse hasta dónde llegará por este camino el proletariado austriaco, empujado por los acontecimientos pero paralizado por la burocracia reformista. La tarea del comunismo es ayudar a los acontecimientos en contra de los austro-marxistas. La política del Frente Unico es uno de los medios. Las condiciones que el manifiesto del Comité Ejecutivo toma tan tardíamente de la Oposición de Izquierda mantiene así toda su fuerza.

Sin embargo, la política del frente único involucra no sólo ventajas sino también peligros. Da nacimiento con facilidad a combinaciones entre dirigentes a espaldas de las masas, a la adaptación pasiva al aliado, a vacilaciones oportunistas. Este peligro sólo puede ser evitado bajo la condición de dos garantías expresas: el mantenimiento de una total libertad de crítica del aliado y el restablecimiento de una completa libertad de crítica en las filas del propio partido. Rehusar la crítica del aliado lleva directa e inmediatamente a la capitulación ante el reformismo. La política del frente único sin democracia partidaria, o sea sin el control del aparato por el partido, deja las manos libres a los dirigentes para las experiencias oportunistas que complementan las experiencias aventureras.

¿Cómo ha procedido el C. Ejecutivo en este caso? Docenas de veces la Oposición de Izquierda predijo que los stalinistas, bajo la presión de los acontecimientos, serían obligados a retroceder de su ultraizquierdismo y que, colocándose en la vía del frente único comenzarían a cometer todas las traiciones oportunistas

BIBLIOTECA NACIONAL

que nos atribuían apenas ayer. También esta vez la predicción se ha cumplido al pie de la letra.

"No agresión mutua"

Al dar un vuelco vertiginoso hacia las posiciones del frente único, el C. Ejecutivo pierde las únicas garantías fundamentales que pueden asegurar un contenido revolucionario a la política de frente único. Los stalinistas consideraron y aceptaron el reclamo hipócrita y diplomático de los reformistas, de la llamada "no agresión mutua".

„Rompiendo con todas las tradiciones del marxismo y del bolchevismo recomendaron a los partidos comunistas, en caso de realizarse el frente único, "abandonar todos los ataques contra las organizaciones socialdemócratas durante la acción conjunta". Esto es exactamente lo que se dijo: abandonar todos los ataques a la socialdemocracia (¡qué fórmula vergonzosa!), significa abandonar la libertad de crítica política, o sea, la función principal del partido revolucionario.

La capitulación no está engendrada por una necesidad práctica sino por un estado mental de pánico. Los reformistas llegan y llegarán a un acuerdo en la medida en que la presión de los acontecimientos y la presión de las masas los obliguen.

El pedido de "no agresión" es chantaje, es una tentativa de los dirigentes reformistas de obtener una ventaja suplementaria. Someterse al chantaje significa construir el frente único sobre cimientos podridos y dar a los comerciantes reformistas la posibilidad de destruirlo con cualquier pretexto arbitrario.

La crítica en general, y más aún en condiciones

la frente único, debe obviamente corresponder a las verdaderas relaciones y conservar las proporciones necesarias. Los absurdos sobre "social-fascismo" deben ser rechazados. Esta es una concesión no a la socialdemocracia sino al marxismo. No es por su traición en 1918 sino por su nocivo trabajo en 1933 que el aliado debe ser criticado. Pero la crítica, como la vida política, de la cual es voz, no puede ser suspendida por una hora. Si lo que los comunistas revelan corresponde a la realidad, sirve a los propósitos del frente único, impulsando al aliado provisorio, y lo que es más importante dando una educación revolucionaria a todo el proletariado. Abandonar este deber fundamental es la primera etapa en esa política criminal y vergonzosa que Stalin impuso a los comunistas chinos con relación al Kuomintang.

Militantes del partido, amordazados

Las cosas no están mejor en cuanto a la segunda garantía: habiendo denunciado la crítica a la socialdemocracia, el aparato stalinista no piensa siquiera en dar el derecho de crítica a los miembros de su propio partido. El viraje mismo se realizó como de costumbre, a la manera de una revelación burocrática. Ni un solo congreso nacional, ni congreso internacional, ni siquiera un pleno del Comité Ejecutivo, ni preparación en la prensa del partido, ni análisis de la política del pasado. Y no hay nada sorprendente en ello: ni bien iniciada la discusión en el partido, cada obrero consciente preguntaría al burócrata: ¿por qué los bolcheviques leninistas fueron expulsados de todas las secciones de los partidos comunistas y por qué en la Unión Sovié-

tica se los encarcela, se los deporta o se los fusila? ¿Es solamente porque ellos profundizaron y van más lejos? La burocracia stalinista no puede permitir tal conclusión. Es capaz de no importar cuál maniobra o viraje, pero presentarse honestamente ante los obreros a enfrentar a los bolcheviques leninistas, es algo que no puede ni se atreve a hacer.

Por eso, en la lucha por su propia seguridad, el aparato stalinista desvaloriza su nuevo viraje, socavando de antemano la confianza en ella no sólo de los obreros socialdemócratas sino también de los comunistas.

El 4 de agosto del stalinismo

La política de la burocracia stalinista en China (durante la revolución de 1926-27) no fue menos desastrosa de lo que es en estos momentos en Alemania. Pero allí el asunto tuvo lugar a espaldas del proletariado mundial, bajo condiciones que le eran incomprensibles. La voz de crítica de la Oposición de Izquierda apenas llegaba más allá de la Unión Soviética, a los obreros de otros países. La experiencia china pasó prácticamente sin castigo para el aparato stalinista.

En Alemania, es completamente distinto. Todas las etapas del drama se desarrollaron ante los ojos del proletariado mundial. En cada etapa la Oposición levantó la voz. Todo el desarrollo fue anunciado anticipadamente. La burocracia stalinista calumnió a la Oposición atribuyéndole ideas y planes ajenos a ella, expulsó a todos los que se atrevieron a hablar del frente único, ayudó a la burocracia socialdemócrata a destruir los Comités unificados de defensa local, cortó a los obre-

por la más mínima posibilidad de emprender la vía de la lucha de masas, desorganizó a la vanguardia, paralizó al proletariado. En esta forma, oponiéndose al frente unido de defensa, con la socialdemocracia, los stalinistas se encontraron con ella en un frente unido de pánico y capitulación.

Y ahora, encontrándose justo frente a la ruina, la dirección del Comintern teme la luz de la crítica más que cualquier cosa. Dejemos que la revolución mundial se pierda, si conseguimos que se salve un inútil prestigio: las bancarrotas siembran caos y enlodan los contornos...

Debe decirse clara, completa y abiertamente: en Alemania el stalinismo ha tenido su 4 de agosto[12]. De ahora en adelante la vanguardia obrera hablará del período de dominación de la burocracia stalinista solamente con un ardiente sentimiento de vergüenza, solamente con palabras de odio y maldición.

El Partido Comunista alemán oficial está condenado. Desde ahora entrará en descomposición y ruina y se desintegrará en el vacío. El comunismo alemán sólo renacerá sobre nuevas bases y con una nueva dirección...

El proletariado alemán surgirá nuevamente, el stalinismo jamás. Bajo los terribles golpes del enemigo, la vanguardia obrera alemana tendrá que construir un nuevo partido. Los trotskistas darán todas sus fuerzas para esta tarea.

12 En este día, el 4 de agosto de 1914, el Partido Socialdemócrata alemán votó el apoyo al imperialismo alemán en la primera guerra mundial. Desde entonces esa fecha tiene para el movimiento socialista el significado de una traición a la clase obrera.

10. ¿CUANTO TIEMPO PERMANECERA HITLER? [13]

I

Después de un incendio, es difícil arreglar las cosas de nuevo. Pero más difícil aún es determinar nuevamente el camino después de una gran derrota política. Los partidos se resisten a admitir que han sido derrotados, especialmente cuando son en gran parte culpables. Cuanto mayor es el alcance de la derrota mayor es la dificultad del pensamiento político de arribar a nuevas posiciones, de elaborar una nueva perspectiva y de subordinar a la misma la orientación y el ritmo de la tarea adicional.

La historia de la ciencia militar, al igual que la historia de la lucha revolucionaria, registra un gran número de derrotas suplementarias que ocurrieron como resultado de que la dirección, no habiendo evaluado el alcance de la derrota principal, trató de ocultarla con ataques extemporáneos. En la guerra, tentativas criminales de este tipo llevan a la destrucción masiva de las fuerzas, ya moralmente disminuidas por los retrocesos previos. En la lucha revolucionaria, los elementos más militantes, ya separados de las masas por las derrotas previas, son víctimas de la aventura.

La catástrofe actual en Alemania es indudablemente la mayor derrota de la clase obrera en la historia. Por

13 Publicado en American Mercury, enero de 1934.

ello, es tanto más urgente un cambio completo de estrategia, pero por otra parte es tanto más obstinada la resistencia de la burocracia del partido. Califica de "derrotistas" no a quienes llevaron a la derrota —se vería obligada a nombrarse a sí misma— sino a aquellos que sacan las necesarias conclusiones políticas del hecho de la derrota. La lucha que se abre ahora sobre la cuestión de las perspectivas de desarrollo político en Alemania tiene un significado excepcional para el destino de Europa y del mundo en su conjunto.

A este respecto omitiremos ocuparnos de la socialdemocracia: la violenta descomposición de este partido no deja posibilidad ni para maniobras de prestigio burocrático. Los dirigentes ni siquiera tratan de simular que tienen algunas ideas o planes. Después de haber perdido totalmente la cabeza en el sentido político, su preocupación está dirigida a salvarla en el sentido físico. Esta gente ha preparado su deshonrosa derrota a través de toda su política, desde el comienzo de la guerra imperialista[14].

Ahora sólo es de interés político la orientación del Partido Comunista. Como organización de masas está completamente liquidada. Pero el aparato central es mantenido, publicando material ilegal y de emigrados, convocando en el extranjero congresos antifascistas y elaborando planes para la lucha contra la dictadura de los nazis. Todos los vicios de los funcionarios derrotados, encuentran ahora en este aparato, su insuperable expresión.

"Los fascistas son Califas de una hora" escribe el órgano oficial del Comintern. "Su victoria no es du-

14 Se refiere a la primera guerra mundial de 1914-1918.

radera y después de ella rápidamente la revolución proletaria... La lucha por la dictadura del proletariado está a la orden del día en Alemania". Cediendo terreno constantemente, entregando todas sus posiciones, perdiendo sus propios adherentes, el aparato sigue reiterando que la ola antifascista está en ascenso, que su espíritu está en alza, que es necesario estar preparado para una insurrección, si no mañana a pocos meses a contar de ahora.

Los planes optimistas se han transformado en un medio de autoconservación política para el golpeado grupo dirigente. El peligro de optimismo espurio es tanto mayor cuanto más se hunde en la oscuridad la vida interna del proletariado alemán: no existen sindicatos, elecciones parlamentarias, cotizaciones de afiliados ni circulación de periódicos, nadie controla las consecuencias de una política falsa o perturba la ecuanimidad de los dirigentes.

II

La razón principal del tranquilizador pronóstico consiste en el hecho de que Hitler, "no cumplirá sus promesas". ¡Como si Mussolini hubiera cumplido su fantástico programa para mantenerse en el poder durante más de diez años! Una revolución no es el castigo automático para estafadores sino un complejo fenómeno social que surge únicamente cuando están presentes una serie de condiciones históricas. Debemos recordarlas una vez más. La desorientación y división de las clases dominantes; la indignación de la pequeña burguesía; su pérdida de fe en el orden existente; la creciente actividad militante de la clase obrera; final-

mente una política correcta del partido revolucionario. Tales son las premisas inmediatas para una revolución. ¿Existen ahora?

Durante los dos últimos años, las clases poseedoras de Alemania han vivido en un estado de cruenta y sanguinaria guerra. Ahora todos ellos —aún aquellos de mayor temple— se someten al fascismo. El antagonismo entre los agraristas y los industrialistas, así como entre grupos disidentes industrialistas, no ha desaparecido; pero se puede estar seguro de que eso muy pronto será ajustado.

En el último período la pequeña burguesía se ha agitado como una caldera en ebullición. Aún en su nacionalismo delirante era un elemento de peligro social. En la actualidad, está unida alrededor del gobierno que se yergue sobre sus espaldas y ha sido disciplinada con una organización militar que surge de su propio centro. Las clases medias se han convertido en el principal sostén del Orden. La conclusión es irrefutable: en tanto es una cuestión de la gran burguesía y de la pequeña burguesía: los prerequisitos para una salida revolucionaria se han diluido en el pasado, o lo que es igual, en un futuro indefinido.

La situación es clara

En relación con la clase obrera la situación no es menos clara. Si hace pocos meses se encontraba —por culpa de sus dirigentes— incapacitada para defender sus poderosas posiciones legales del asalto de la contrarrevolución, ahora después de la derrota está inconmensurablemente menos preparada para llevar un

ataque a las poderosas posiciones legales del fascismo. Los factores materiales y morales han cambiado aguda y profundamente la relación de fuerzas con desventaja para el proletariado. ¿O es necesario todavía probar esto?

En el campo de la dirección el estado de cosas no es más favorable: el Partido Comunista no existe, su aparato, privado del aire purificador de la crítica, se está asfixiando en una profunda lucha interna. ¿En qué sentido por lo tanto, puede decirse que la lucha "por la dictadura del proletariado en Alemania está a la orden del día"? ¿qué significa aquí "día"? No es difícil predecir declamaciones hipócritas sin cesar, sobre nuestro pesimismo, nuestra incredulidad en las fuerzas creadoras de la revolución, etc. ¡Reproches baratos! Nosotros sabemos, no menos que lo saben otros, que el fascismo está defendiendo una causa históricamente perdida. Sus métodos pueden imponer sometimiento pero con resultado inestable. Únicamente aquellas clases que han sobrevivido pueden ser derrotadas por la violencia.

Pero el proletariado siempre ha sido la principal fuerza productiva de la sociedad. Puede ser derrotado por un tiempo, pero es imposible esclavizarlo para siempre. Hitler promete "reeducar" a los obreros, pero está obligado a usar métodos pedagógicos que no serían adecuados ni para entrenar perros. Inevitablemente el fascismo se romperá la cabeza contra la irreconciliable hostilidad de los obreros. ¿Pero cómo y cuándo? La previsión histórica general no elimina el candente problema de la política. ¿Qué debe hacerse ahora y especialmente, qué no debe hacerse, para preparar y acelerar el aplastamiento del nacionalsocialismo?

Materialismo vulgar

Basarse en el efecto revolucionario inmediato de la represión fascista y la necesidad material es exhibir un materialismo vulgar. Por supuesto, "la existencia determina la conciencia". Pero esto no significa en absoluto una dependencia mecánica y directa de la conciencia con respecto de las circunstancias externas. La existencia se refleja en la conciencia de acuerdo a las leyes de ésta. Un único y mismo hecho objetivo puede tener un efecto diferente, a veces opuesto, desde el punto de vista político, de acuerdo a la situación general y a los acontecimientos precedentes. Por eso, en el mismo camino del desarrollo de la humanidad, las represiones han despertado frecuentemente la indignación revolucionaria. Pero después del triunfo de la contrarrevolución, más de una vez la represión ha sofocado hasta el último arrebato de protesta. La crisis económica puede acelerar la explosión revolucionaria, y esto ha sucedido más de una vez en la historia, pero si cae sobre el proletariado después de una fuerte derrota política, la crisis solamente agrava el proceso de descomposición. Digámoslo más concretamente. Nosotros no esperamos consecuencias revolucionarias inmediatas para Alemania, de la futura profundización de la crisis industrial.

Por cierto, la historia indica que una reactivación industrial por un largo período ha dado ventajas frecuentemente a las corrientes oportunistas dentro del proletariado. Sin embargo, después de un largo período de crisis y reacción, una coyuntura ascendente puede, por el contrario, elevar la actividad de los obreros e impulsarlos hacia la lucha.

Nosotros consideramos esta variante como la más probable en muchos aspectos. No obstante, el centro de gravedad no reside actualmente en el pronóstico coyuntural. Medir cambios psicológicos de masas integrados por muchos millones de personas exige largos intervalos: esto debe ser el punto de partida.

La ruptura de la coyuntura, los choques en las filas de las clases poseedoras, las complicaciones internacionales, pueden tener y tendrán efectos sobre los obreros.

Los acontecimientos externos no pueden anular las leyes internas de la conciencia de masas, no pueden permitir al proletariado superar las consecuencias de la derrota con un salto; y por ésto empezar un nuevo capítulo en el libro de la lucha revolucionaria. Aún cuando debido a una coyuntura especialmente favorable de las condiciones internas y externas, el comienzo de cambio se revelará después de un intervalo excepcionalmente corto —digamos en un año o dos— el problema de nuestra política no debe basarse en su totalidad en los próximos veinte o veinticuatro meses, mientras la contrarrevolución realiza nuevas conquistas.

Las tácticas realistas no pueden desarrollarse sin una perspectiva correcta. No puede haber una perepectiva correcta sin comprender que no es una maduración de la revolución proletaria lo que tiene lugar en Alemania, sino una profundización de la contrarrevolución fascista: ¡y no son la misma cosa!

III

La burocracia, incluso la revolucionaria, olvida demasiado fácilmente que el proletariado es no sólo un

Nosotros consideramos esta variante como la más probable en muchos aspectos. No obstante, el centro de gravedad no reside actualmente en el pronóstico coyuntural. Medir cambios psicológicos de masas integradas por muchos millones de personas exige largos intervalos: este debe ser el punto de partida.

La ruptura de la coyuntura, los choques en las filas de las clases poseedoras, las complicaciones internacionales, pueden tener y tendrán efectos sobre los obreros.

Los acontecimientos externos no pueden anular las leyes internas de la conciencia de masas, no pueden permitir al proletariado superar las consecuencias de la derrota con un salto; y por éste empezar un nuevo capítulo en el libro de la lucha revolucionaria. Aún cuando debido a una coyuntura especialmente favorable de las condiciones internas y externas, el comienzo de cambio se revelará después de un intervalo excepcionalmente corto —digamos en un año o dos— el problema de nuestra política no debe basarse en su totalidad en los próximos veinte o veinticuatro meses, mientras la contrarrevolución realiza nuevas conquistas.

Las tácticas realistas no pueden desarrollarse sin una perspectiva correcta. No puede haber una perspectiva correcta sin comprender que no es una maduración de la revolución proletaria lo que tiene lugar en Alemania, sino una profundización de la contrarrevolución fascista; ¡y no son la misma cosa!

III

La burocracia, incluso la revolucionaria, olvida demasiado fácilmente que el proletariado es no sólo un

objeto sino también un sujeto político. Por medio de la fuerza los nazis intentan convertir a los obreros en servidores del racismo. La direcciõn del Comintern, por el contrario, descuenta que los golpes de Hitler hará de los obreros sumisos comunistas. Ambos cálculos son erróneos.

Los obreros no son arcilla en manos de un comunista. Ellos no recomienzan la historia desde el principio cada vez. Odian y desprecian a los nazis, pero no están dispuestos a votar a la política que los llevó hasta Hitler. Los obreros se sienten engañados y traicionados por su propia dirección. No saben qué debe hacerse pero saben lo que no debe hacerse. Están indeciblemente torturados y desean romper con el diabólico círculo de confusión, amenazas, mentiras y fanfarronerías, desligarse y esperar que pase la tormenta, descansar de la necesidad de decidir cuestiones que están fuera de su alcance. Necesitan tiempo para curar sus heridas y su desilusión. El nombre generalizado para este estado es *indiferencia política*. Las masas caen en una irritante pasividad. Un número no pequeño encuentra refugio en las organizaciones fascistas. Naturalmente no se puede poner en el mismo plano demostrativo del cambio al bando fascista, a los políticos, que al ingreso anónimo de los obreros en las organizaciones compulsivas de la dictadura. Lo primero es una cuestión de carrerismo, lo segundo una medida de protección, de sometimiento al amo. Empero, el hecho de un movimiento masivo de obreros bajo la svástica es una evidencia irrefutable de que el sentimiento de desesperanza se ha apoderado del proletariado. La reacción ha penetrado en la médula misma de la clase obrera. Esto no dura sólo un día.

En esta situación general, la estruendosa burocracia partidaria, que no ha olvidado ni aprendido nada, representa obviamente un anacronismo político. Los obreros están asqueados de la infalibilidad oficial. Alrededor del aparato crece el vacío. Los obreros no quieren, además de los latigazos de Hitler, recibir los latigazos del optimismo espurio. Desean la verdad. La atroz diferencia entre la perspectiva oficial del Partido y el estado real de las cosas solamente introduce un elemento adicional de desmoralización en las filas de la vanguardia obrera.

Lo que se llama *radicalización* de las masas es un complejo proceso molecular de conciencia colectiva. Para volver a emprender el camino los obreros deben antes que nada, comprender qué ha pasado. No puede pensarse en radicalización si la masa no ha asimilado su propia derrota; si su vanguardia, por lo menos, no ha evaluado críticamente el pasado y se ha elevado de la derrota a una nueva etapa.

Este proceso aún no ha comenzado. La prensa del aparato se ve obligada a admitir, entre dos alaridos de optimismo, que no sólo en los pueblos los nazis siguen fortaleciendo su posición, expulsando comunistas y alentando el odio campesino hacia los obreros, sino que también en la industria continúa la eliminación de los últimos obreros comunistas, y además sin que se ofrezca ninguna resistencia. En todo esto no hay nada inesperado. El bando derrotado sufre las consecuencias de su derrota.

Un crudo error

Frente a estos hechos, la burocracia en busca de apoyo para su perspectiva optimista, se arroja desde

su subjetivismo innato a un complejo fatalismo. Aún si el espíritu de las masas decayera —nos aseguran— el hitlerismo pronto desaparecerá como resultado de sus propias contradicciones. Ayer nomás, se consideraba que todos los partidos en Alemania —desde los nazis hasta los socialdemócratas— eran sólo variedades del fascismo y estaban llevando adelante el mismo programa. Ahora todas las esperanzas van dirigidas a las contradicciones en el campo dirigente.

Los nuevos errores en el campo político no son menos gruesos que los anteriores. La "oposición" de los viejos partidos capitalistas a los nazis, no es más que la resistencia instintiva, la resistencia de un enfermo cuyos dientes son extraídos por un barbero-cirujano-militar.

La policía, por ejemplo, ha ocupado todos los locales del Partido Nacional Alemán. Los acontecimientos se desarrollan de acuerdo a un plan. El conflicto entre Huguenberg y Hitler sólo sería un episodio a lo largo del camino para concentrar todo el poder en manos de Hitler. Para cumplir su cometido el fascismo debe fundirse con el aparato del estado.

Es muy posible que muchos de entre las tropas fascistas están ya descontentos: ni siquiera se les permite saquear a su antojo. Pero no importa cuán agudas sean las formas que pueda asumir este descontento, no puede convertirse en serio factor político. El aparato estatal aplastará a los pretorianos desafectos uno a uno, reconstituirá los destacamentos desleales, sobornará a los jefes. La vuelta a la calma de las amplias masas pequeño-burguesas es, hablando en general, absolutamente inevitable. Pero tendrá lugar en distintos momentos y en distintas formas. En algunos casos las olea-

das de descontentos pueden anticipar el retorno a su nivel más bajo, de las capas inferiores traicionadas por el fascismo. Esperar de esto una iniciativa revolucionaria independientemente, está descartado desde todo punto de vista.

Los comités de fábricas nacionalsocialistas dependen muchísimo menos de los obreros que los comités reformistas en su época. Así, en una atmósfera de reactivación industrial incipiente hasta los comités de fábricas fascistas pueden transformarse en puntos de apoyo para el avance de la clase obrera. El 9 de junio de 1905 las organizaciones obreras creadas por la Ochrana zarista en Rusia, fueron por un día una palanca para la revolución. Pero en este preciso momento, cuando los obreros alemanes atraviesan una dolorosa desilusión y degradación, es absurdo esperar que se embarquen en una lucha seria bajo la dirección de los burócratas fascistas. Los comités de fábrica serán elegidos desde arriba y entrenados como agencias para la traición y eliminación de la clase obrera.

¡No nos decepcionemos! Una derrota que se oculta con ilusiones sigue significando lo mismo. La salvación reside en la claridad. Unicamente una despiadada crítica de todos los fracasos y errores puede preparar la gran revancha.

IV

Puede considerarse como establecido por la experiencia que el fascismo alemán actúa con un ritmo más acelerado que el italiano. No sólo porque Hitler puede sacar ventaja de la experiencia de Mussolini, sino especialmente por la más elevada estructura social de

das de descontentos pueden anticipar el retorno a su nivel más bajo, de las capas inferiores traicionadas por el fascismo. Esperar de esto una iniciativa revolucionaria independientemente, está descartado desde todo punto de vista.

Los comités de fábricas nacionalsocialistas dependen muchísimo menos de los obreros que los comités reformistas en su época. Así, en una atmósfera de reactivación industrial incipiente hasta los comités de fábricas fascistas pueden transformarse en puntos de apoyo para el avance de la clase obrera. El 9 de junio de 1905 las organizaciones obreras creadas por la Ochrana zarista en Rusia, fueron por un día una palanca para la revolución. Pero en este preciso momento, cuando los obreros alemanes atraviesan una dolorosa desilusión y degradación, es absurdo esperar que se embarquen en una lucha seria bajo la dirección de los burócratas fascistas. Los comités de fábrica serán elegidos desde arriba y entrenados como agencias para la traición y eliminación de la clase obrera.

¡No nos decepcionemos! Una derrota que se oculta con ilusiones sigue significando lo mismo. La salvación reside en la claridad. Unicamente una despiadada crítica de todos los fracasos y errores puede preparar la gran revancha.

IV

Puede considerarse como establecido por la experiencia que el fascismo alemán actúa con un ritmo más acelerado que el italiano. No sólo porque Hitler puede sacar ventaja de la experiencia de Mussolini, sino especialmente por la más elevada estructura social de

Alemania, y la mayor agudeza de sus contradicciones. Es posible sacar de esto la conclusión de que el Nacionalsocialismo en el poder se desgastará antes que su predecesor italiano. Pero aún degenerado y descomponiéndose, el nacionalsocialismo no caerá por sí mismo, debe ser derrocado. El cambio del régimen político actual en Alemania no puede realizarse sin una insurrección.

Ciertamente no hay en el presente una perspectiva directa e inmediata para tal insurrección: pero no importa qué desvíos tomen los acontecimientos, inevitablemente deberán pasar por la insurrección.

Como es sabido, la pequeña burguesía es incapaz de adoptar una política revolucionaria independiente. Pero la política y la actitud de la pequeña burguesía no son en modo alguno indiferentes para la suerte del régimen creado con su apoyo. La desilusión y el descontento de las clases medias transformarán al nacionalsocialismo —como ya transformaron al fascismo— de un movimiento del pueblo en un aparato policial. No importa cuánta fuerza posee por sí mismo, el aparato no puede sustituir a la corriente viva de la contrarrevolución que penetra en todos los poros de la sociedad. Por lo tanto la degeneración burocrática del fascismo no significa el comienzo de su liquidación.

La importancia de un tratamiento correcto

En esta etapa, no obstante aparece una nueva dificultad. Bajo la influencia de la derrota los centros inhibitorios del proletariado se hallan hipertrofiados. Los obreros se tornan cautelosos, desconfiados y expectantes. Aunque la erupción volcánica de la reacción haya

cesado, la lava endurecida del estado fascista recuerda demasiado amenazadoramente lo que se ha vivido. Tal es la situación política en la Italia de hoy.

Para utilizar la terminología económica puede decirse que la reacción pequeñoburguesa de desilusión e insatisfacción prepara el momento en que la aguda *crisis* del movimiento obrero desembocará en *depresión* y, en una etapa dada, dará paso a la *reactivación*. Tratar de predecir ahora cómo, cuándo y bajo qué consignas comenzará esa reactivación sería una ocupación fútil: hasta las etapas de un ciclo económico tienen siempre un carácter "inesperado"; tanto más las etapas del desarrollo político.

Para un organismo que acaba de pasar por una grave enfermedad el tratamiento correcto tiene una importancia especial. Por lo que respecta a los obreros sobre quienes ha pasado la maquinaria del fascismo, las tácticas aventureras producirán inevitablemente una recaída en la apatía. Así como una especulación prematura con los stocks frecuentemente trae aparejada una reaparición de la crisis. El ejemplo de Italia demuestra que un estado de depresión política, especialmente con una falsa dirección política, puede arrastrarse por años. Una política correcta exige, no que se impongan al proletariado líneas artificiales para su avance, sino que las perspectivas y consignas de lucha sean extraídas de la dialéctica viva del movimiento. Los impulsos externos favorables pueden acortar mucho las etapas sucesivas del proceso: no es en absoluto necesario que la depresión deba durar años como en Italia. Sin embargo es imposible saltar por encima de las propias etapas orgánicas del movimiento de masas. Acelerarlo, sin tratar de pasar por encima de él ¡allí reside

toda la maestría de la dirección revolucionaria! Una vez desembarazado de la pesada carga del fascismo, el movimiento obrero puede dar un gran salto en un tiempo comparativamente breve. Sólo después de esto y únicamente bajo la dirección del proletariado, el descontento de la pequeña burguesía puede tomar un carácter político progresista y restablecer una situación revolucionaria favorable.

La clase dominante tendrá que enfrentarse con la otra cara de este proceso. Al perder el apoyo de la pequeña burguesía el estado fascista se convertirá en un aparato de sometimiento muy poco valioso. Los políticos capitalistas tendrán que reorientarse. Las contradicciones entre las clases poseedoras surgirán a la superficie.

Al enfrentar a las masas que pasan a la ofensiva, Hitler descubrirá que no puede confiar en su retaguardia. La situación revolucionaria inmediata aparecerá y anunciará la última hora del nacionalsocialismo.

Pero antes de que el proletariado pueda imponerse grandes tareas, debe hacer un balance del pasado. La fórmula general dice: los viejos partidos han caducado. Una pequeña minoría de obreros ya dice: es necesario preparar un nuevo partido. La repugnante falta de firmeza de la socialdemocracia y criminal irresponsabilidad de los dirigentes pseudo-bolcheviques serán barridas en el calor de la lucha.

Los señores del nazismo han hablado de una raza de guerreros. Llegará la hora en que el fascismo chocará con una invencible raza de luchadores revolucionarios.

11. ¿QUIEN DEFIENDE A LA URSS? ¿QUIEN AYUDA A HITLER?[15]

Los socialdemócratas alemanes —no solamente los canallas mercenarios sino hasta los obreros honestos— decían durante la guerra: la victoria del zarismo significaría que los cosacos disolvieran, devastaran y destruyeran nuestro partido y nuestros sindicatos, periódicos y locales. El obrero francés común, por otra parte, prestaba oídos crédulos a los llamados de Renaudel, Cachin, etc., para preservar la República y la democracia de manos del Káiser y sus junkers. El estado soviético, sin embargo, no cayó del cielo. Vino al mundo gracias a la acción de la vanguardia proletaria. Para defender a la Unión Soviética de manera eficaz, debemos defender las organizaciones obreras en los países capitalistas. Estas dos tareas son políticamente una sola y están estrechamente ligadas. Nuestro deber inalienable es defender a la Unión Soviética *tal como es* (con las teorías de Doriot, Treint, etc., no tenemos nada que ver), así como defendemos a *cualquier* organización obrera, aunque esté dirigida por los peores reformistas, contra la reacción fascista y militar. Toda la cuestión radica, sin embargo, en lo siguiente: cómo y con qué métodos.

Los marxistas dicen: únicamente con aquellos medios que estén a nuestro alcance y que podamos utilizar consecientemente, es decir, con los métodos de la lucha re-

15 Artículo del 20 de julio de 1935. Publicado en "The New International" del mes de octubre de 1935 (New York).

volucionaria de clase en todos los países beligerantes. Cualesquiera que sean las vicisitudes de la guerra, la lucha revolucionaria de clase producirá, en última instancia, óptimos frutos al proletariado. Esto se aplica a la defensa de las organizaciones obreras y de las organizaciones democráticas de los países capitalistas, y en no menor grado a la defensa de la Unión Soviética. Nuestros métodos son, en esencia, los mismos. Bajo ninguna circunstancia y bajo ningún pretexto podemos transferir nuestra tarea revolucionaria a manos de nuestra burguesía nacional.

Todo esto —refutará el sabio filistro— estará muy bien "teóricamente". ¿Pero quién discutirá que la lucha de clases en Francia no fortalecerá la posición de Hitler y aumentará la posibilidad de la guerra y las posibilidades de triunfo de Hitler en la misma? ¿Y no es acaso la Alemania fascista el principal peligro para los Soviets? ¿Y la derrota de la Unión Soviética no paralizaría el desarrollo de la revolución por años?

Estos argumentos —que son una servil repetición de los viejos argumentos de Scheidemann, Wells, Vandervelde, De Man, Cachin y consortes— son falsos de un extremo al otro. Tocados por la varita mágica de la crítica marxista caen hechos pedazos.

El fascismo no es otra cosa que la idea de la identidad de los intereses de las diversas clases llevados a su máxima expresión y revestida de misticismo. Si el proletariado francés, belga y checo se une a "su" burguesía, los obreros alemanes se verán empujados inevitablemente a apoyar a los nazis. El social-patriotismo no hará más que llevar agua al molino del racismo. Para debilitar a Hitler es menester atizar el fuego de la lucha de clases. Un poderoso movimiento obrero en

cualquier país de Europa hará mucho más por el derrumbe del insano militarismo racial que cualquier clase de combinaciones entre las potencias capitalistas y la Unión Soviética. Toda alianza, así formalizada contra Alemania, proporciona mayor cantidad de municiones a los fanáticos racistas y empuja a los estados imperialistas rivales al lado de Alemania, particularmente por la razón de que a ellos no les importa la democracia o la Unión Soviética sino la balanza de poder (Polonia, Japón, Inglaterra, etc.).

Si el proletariado de los países aliados de la Unión Soviética (¿por cuánto tiempo?) debe apoyar a su burguesía durante la guerra, dicha línea política debe comenzar en tiempos de paz. Porque antes de esperar a impedir el triunfo de Hitler, hay que esforzarse para impedir la guerra misma. Esto significa que hay que apoyar a las potencias imperialistas antihitleristas para poder inclinar con tiempo, en su contra, la balanza de poder. Esto, sin embargo, significa, ni más ni menos que abandonar completamente la lucha de clases. No era otro el propósito de la infame declaración de Stalin. Aprueba actualmente, en tiempos de paz, los crímenes militares de la burguesía francesa —y naturalmente de la belga y checoslovaca—. ¿Podía ser de otra manera?

Si no debemos hacer nada que debilite a los aliados imperialistas de la Unión Soviética alentando la lucha de clases, significa lógicamente que debemos fortalecer la confianza popular en la autoridad de ellos. ¿Qué haremos entonces cuando el militarismo checo y francés, apuntalados por su propio proletariado, vuelvan sus armas, en el transcurso de la guerra, contra los Soviets?, acontecimiento perfectamente comprensible y posible. Engañarnos con la idea de que en ese caso po-

dremos oponernos firmemente, sería una locura. Las grandes masas no hacen virajes tan bruscos. El poder que habremos ayudado a conseguir al militarismo, no desaparecerá fácilmente. En ese caso nos habríamos puesto en situación, no solamente de elementos pasivos, sino activos en la destrucción de la Unión Soviética . . .

Naturalmente, la burocracia soviética quiere defender la URSS, así como quiere edificar el socialismo. Lo quiere hacer, sin embargo, a su manera, que está en monstruosa contradicción con los intereses del proletariado internacional y en consecuencia también del proletariado soviético. Esta burocracia no cree en la revolución internacional. Ve solamente los peligros, las dificultades y las derrotas, pero no sus enormes posibilidades. Ni tampoco los miserables títeres de Stalin en Francia, Bélgica y todo el mundo, tienen la menor partícula de fe en sí mismos o en sus partidos. No se consideran a sí mismos —y con todo derecho— como los jefes de las masas insurreccionadas, sino solamente como los agentes de la diplomacia soviética ante el foro de dichas masas. Con esta diplomacia, caen o se mantienen.

La burocracia de la Internacional Comunista es, por lo tanto, orgánicamente incapaz de oponerse a los patriotas de la burguesía en tiempos de guerra. Por eso los miserables cobardes como Cachin, Jaquemotte y Gotwald recurren a cualquier excusa despreciable para ocultar su capitulación ante los torrentes desencadenados de la "opinión pública" patriótica. Ese pretexto —un pretexto y no una razón— lo encuentran en "la defensa de la Unión Soviética". Doriot es de la misma fisonomía política que Cachin o Duclós —un producto de la misma escuela—. Es interesante destacar, por lo

tanto, con qué facilidad rompe con la idea de la defensa de los Soviets y la sustituye por un "entendimiento con Hitler". Cualquier estudiante de Saint Denis entiende claramente que un entendimiento entre la burguesía francesa y Hitler estaría orientado contra la Unión Soviética. Este caballero no ha hecho más que arrojar por la borda a la burocracia stalinista para volver inmediatamente la espalda a la URSS. Para estos políticos la columna vertebral es un factor de mínima importancia. Al arrastrarse sobre sus vientres ante Stalin, no hacían más que acostumbrarse para la obediencia ante sus propias burguesías.

Con esa asombrosa falta de decencia que los caracteriza, esta gente pasa rápidamente al ataque de los internacionalistas revolucionarios y nos acusan... de apoyar a Hitler. Olvidan que únicamente la clase trabajadora alemana puede derribar a Hitler, aunque está actualmente desorganizada y aplastada por los crímenes de la Segunda y Tercera Internacional. Pero se levantará nuevamente. Para ayudarla a ponerse de pie, para vigorizarla, el movimiento obrero internacional, especialmente de Francia, debe ser impulsado hacia adelante.

Toda declaración patriótica de Blum, Zyromsky, Thorez, etc., es agua para el molino de la teoría racial (nacionalsocialismo) y en último análisis ayuda a Hitler. La irreductible línea marxista y bolchevique del proletariado mundial —tanto en la paz como en la guerra— pondrá en fuga a los fanáticos de la raza, porque demostrará en los hechos que el destino de la humanidad no está determinado por la lucha de las naciones sino por la lucha de clases. ¿Requiere esto realmente demostración? La Tercera Internacional —siguiendo las hu-

lias de la Segunda— ha abandonado al fin el camino de la lucha de clases por la ofensiva "general" contra Hitler. Mediante esta retirada, el hitlerismo ha recibido nueva ayuda. Hay datos y hechos innegables que lo demuestran: el crecimiento del nacionalsocialismo en Austria, el plebiscito del Sarre, las elecciones en Bohemia (La Checoslovaquia alemana). Luchar contra el fascismo con armas nacionalistas es como echar aceite sobre las llamas. Los primeros éxitos positivos de las fuerzas de la revolución proletaria en Francia, Bélgica, Checoslovaquia o cualquier otro país, sonará en los oídos de Hitler como los fúnebres tañidos de su campana de muerte. Este ABC debe entenderlo quienquiera que desee estudiar los problemas del socialismo.

Cuál será el resultado de la guerra —si la debilidad del proletariado permite su estallido— no podemos decirlo por adelantado. Los frentes cambiarán de lugar, los límites nacionales desaparecerán. Con el actual progreso de la aviación, *todas* las fronteras serán violadas y todos los territorios nacionales devastados. Unicamente los más cerrados reaccionarios (que a veces se llaman socialistas y hasta comunistas) son capaces, en esas condiciones, de llamar al proletariado a unirse con "su" burguesía en defensa de "sus" fronteras. La verdadera tarea de los trabajadores es aprovechar las dificultades que la guerra provocará a la burguesía, para derribarla, para abolir los límites nacionales que estrangulan el desarrollo de la industria y de la cultura.

La burguesía estará más fuerte que nunca en el primer período de la guerra. Pero con cada mes de guerra que pase, su fortaleza disminuye. La vanguardia proletaria, en cambio, si ha tenido cuidado de mantener su independencia frente a los chacales patrióticos, crecerá

fuerte y firmemente no sólo de día en día, sino de hora en hora. En último análisis el final de la guerra no está determinado por la situación de los frentes militares, sino más bien por las relaciones del proletariado con la burguesía. Unicamente la revolución triunfante acabará con las inquietudes, las calamidades y las perturbaciones de la guerra. No sólo el fascismo sino también el capitalismo en su conjunto recibirá así un golpe de muerte. No solamente los enemigos exteriores de la Unión Soviética serán así derrotados, sino que las contradicciones interiores que ha engendrado la brutal dictadura de la camarilla de Stalin, serán superadas. La dictadura del proletariado unirá a nuestro ensangrentado y despedazado continente, rescatará a toda una cultura amenazada con la ruina y establecerá por fin los Estados Unidos Socialistas de Europa. Penetrará en América y pondrá en movimiento a las masas oprimidas del Lejano Oriente. La humanidad en su conjunto entrará por los portales de la sociedad socialista y de una cultura armoniosa.

12. EL FASCISMO TRIUNFARA SOLO SI NOSOTROS FRACASAMOS[16]

En todos los países donde el fascismo ha triunfado, teníamos antes de su crecimiento y su victoria, una ola de radicalización de las masas; de los obreros, de los campesinos pobres y de la pequeña burguesía. En Italia, después de la guerra y hasta antes de 1922 había una ola revolucionaria de dimensiones tremendas; el Estado estaba paralizado, la policía era inexistente, los sindicatos podían hacer lo que querían —pero no había un partido capaz de tomar el poder—. Como reacción vino el fascismo.

En Alemania pasó lo mismo. Teníamos en 1918 una situación revolucionaria; la burguesía ni siquiera podía participar en el poder. Los socialdemócratas paralizaron la revolución. Luego los obreros la volvieron a intentar en 1922-23-24. Este fue el período de la bancarrota del partido comunista alemán —todo lo cual hemos analizado antes en otros trabajos—. Más tarde en 1929-30 los obreros alemanes comenzaron un nuevo ascenso revolucionario. El poder que tenían los comunistas y los sindicatos era tremendo; pero se impuso la ya famosa política del Social Fascismo, una política ideada para paralizar a la clase obrera. Sólo después de estas tres grandes olas, pudo el fascismo convertirse en un gran movimiento. No hay ninguna excepción a

16 Fragmento de una respuesta de Trotsky a un cuestionario formulado por el Socialist Workers Party de los Estados Unidos, del 7 de agosto de 1940. Publicadas en Fourth International, octubre de 1940, New York, p. 133-34.

esta regla: el fascismo sólo triunfa cuando la clase obrera se muestra incapaz de tomar en sus manos el destino de la sociedad.

En los Estados Unidos se da la misma situación. Ya existen elementos fascistas y tienen por cierto, el ejemplo de Italia y Alemania. De tal forma, trabajarán en forma más rápida. Pero ustedes tienen también el ejemplo de otros países. Las próximas olas de masas en los Estados Unidos, serán de radicalización de las mismas, no de fascismo. Por supuesto la guerra puede postergar esta radicalización por algún tiempo, pero luego la radicaliazación se producirá a un ritmo mucho más amplio.

La guerra no puede cambiar orgánicamente los procesos, sino sólo retardarlos por un período; para después darles mayor aliento. La guerra, como lo hemos dicho antes, es la continuación de la política por otros medios. En ese sentido es que estoy seguro que ustedes podrán tener las posibilidades de ganar el poder antes de que los fascistas de Estados Unidos se conviertan en una fuerza dominante.

No debemos identificar la dictadura en caso de guerra —la dictadura de la maquinaria militar, de los cuadros, del capital financiero— con la dictadura fascista. Para esta última es necesario primero un sentimiento de desesperación de amplias masas del pueblo. Cuando los partidos revolucionarios las traicionan, cuando la vanguardia obrera demuestra su incapacidad para dirigir al pueblo a la victoria, es cuando los campesinos, los pequeños comerciantes, los desocupados, los soldados, etc., son capaces de soportar un movimiento fascista, pero sólo entonces.

Una dictadura militar es simplemente una institución

burocrática, reforzada por la maquinaria militar y basada en la desorientación del pueblo y su sometimiento. Pero estos sentimientos pueden cambiar y luego de un tiempo se pueden rebelar contra la dictadura militar.

Así es, el sentimiento contra la conscripción puede convertirse en los Estados Unidos en punto de partida de esta rebelión. Aquí tenemos la posibilidad de demostrar al pueblo de los Estados Unidos, cómo resuelve la burguesía sus problemas, y podemos decir: "Ven ustedes, ahora la burguesía pretende imponerles un militarismo prusiano, con su total desinterés por la vida de los obreros". Posiblemente podamos exigir la elección de los oficiales y esto podrá convertirse en una buena consigna: "Que los oficiales sean elegidos por los propios soldados".

15. NO CAMBIAMOS NUESTRA ORIENTACION [17]

Junto con otras naciones pequeñas de Europa, Francia ha sido transformada en un país oprimido. El imperialismo se ha alzado a niveles militares sin precedentes, con todas las oportunidades para una expansión mundial. ¿Qué sucede entonces?

Del lado de todos los semi-internacionalistas se pueden esperar este tipo de argumentaciones: levantamientos triunfantes en los países conquistados y sometidos a la bota nazi son imposibles, porque todo movimiento revolucionario será sangrientamente aplastado por los conquistadores. Condiciones favorables para la revolución sólo pueden crearse por la derrota de Hitler y Mussolini. Por lo tanto, no queda otro recurso que apoyar a los Estados Unidos e Inglaterra. Si la Unión Soviética se une a nosotros será posible no sólo detener los éxitos militares de Alemania, sino también enfrentar las pesadas derrotas militares y económicas. El futuro desarrollo de la revolución sólo es posible en este camino. Y así en más . . .

No hay nada nuevo en esta argumentación

Esta argumentación que aparece superficialmente inspirada en el nuevo mapa de Europa es sólo una adaptación al nuevo mapa de Europa de los viejos ar-

17 Artículo "We do not Change our Course", de fin de junio de 1940.

gumentos del socialpatriotismo, es decir, de la traición de clase. La victoria de Hitler sobre Francia ha demostrado la completa corrupción de la democracia imperialista, aun en la esfera de sus propios límites. No puede ser "salvada" del fascismo. Sólo puede ser reemplazada por la democracia proletaria. Si la clase obrera une su destino en la presente guerra al destino de la democracia imperialista, sólo asegurará para ella una nueva serie de fracasos.

"Por necesidad de la Victoria", Inglaterra ya se ha sentido obligada a introducir métodos dictatoriales, el primer pre-requisito del renunciamiento del *Labour Party* a cualquier acción política independiente. Si el proletariado internacional, bajo la forma de todas sus organizaciones y tendencias fuera a hacer lo mismo, ello sólo facilitaría la victoria de un régimen dictatorial en escala mundial. Bajo las condiciones del renunciamiento del proletariado a una política independiente, una alianza de la URSS y las potencias imperialistas democráticas significará el crecimiento de la omnipotencia de la burocracia soviética; su posterior transformación en una agencia proimperialista e inevitablemente hará concesiones al imperialismo en la esfera económica. Igual que en todos los niveles, también la posición militar de los diversos países imperialistas a nivel mundial será profundamente cambiada; pero la posición del proletariado mundial, desde el punto de vista de la revolución socialista, cambiará muy poco.

¡La Revolución hay que prepararla!

Con el objeto de preparar una situación revolucionaria, dicen los sofistas del socialpatriotismo, es necesario

dar un buen golpe a Hitler. Para ganar la victoria sobre Hitler, es necesario apoyar a las democracias imperialistas. Pero si en virtud de salvar las "democracias", el proletariado renuncia a su acción política revolucionaria independiente, ¿quién utilizará la situación revolucionaria que surgirá de la derrota de Hitler? No han faltado situaciones revolucionarias en el último cuarto de siglo. Pero ha faltado el partido revolucionario capaz de utilizar una situación revolucionaria. Renunciar a la acción del partido revolucionario en mérito a crear una "situación revolucionaria" es dirigir ciegamente a los obreros a una masacre.

Desde el punto de vista de la "revolución en *un* solo país", la derrota del imperialismo de ese país es indudablemente "el peligro menor". Los pseudo-internacionalistas, sin embargo, se niegan a aplicar este principio en relación con las potencias democráticas derrotadas. Por el contrario, interpretan la victoria de Hitler no como un obstáculo relativo, sino absoluto, en el camino de la revolución en Alemania. Mienten en ambas cosas.

Lo que enfrentan ahora los nazis

En los países derrotados la situación de las masas empeorará ahora hasta límites extremos. Se suma a la opresión social la opresión nacional, cuyo peso mayor es soportado por los obreros. De todas las formas de dictadura, la dictadura totalitaria de un conquistador extranjero es la más intolerable. Al mismo tiempo, en la medida que los nazis van a tratar de utilizar los recursos naturales y la maquinaria industrial de las naciones derrotadas por ellos, van a tener que depender inevitablemente de los campesinos y los obreros de es-

los países. Siempre después de la victoria es cuando comienzan las dificultades económicas. Es imposible poner un soldado con un rifle al lado de cada campesino y obrero polaco, noruego, danés, belga o francés. El nacionalsocialismo carece de toda fórmula para transformar a los pueblos derrotados de adversarios en amigos.

La experiencia de los alemanes en Ucrania en 1918 ha demostrado cuán difícil es utilizar por medio de métodos militares la riqueza natural y la fuerza de trabajo de un pueblo derrotado; y también cuán rápidamente se desmoraliza un ejército de ocupación en medio de una atmósfera de hostilidad universal. Este mismo proceso se va a desarrollar en una escala mucho más vasta en el continente europeo bajo ocupación nazi. Se puede seguramente esperar la rápida transformación de los países ocupados en verdaderos polvorines. Este es precisamente el peligro, que las explosiones puedan ocurrir demasiado pronto, sin la adecuada preparación, y que conduzcan a derrotas aisladas. No obstante es en general imposible hablar de la revolución europea o mundial sin tomar en cuenta derrotas parciales.

El conquistador Hitler, por supuesto que sueña despierto viéndose como el jefe que ahoga la revolución proletaria en toda Europa. Pero esto no quiere decir que Hitler será lo suficientemente fuerte como para enfrentar a la revolución proletaria, como lo fue para enfrentar a las democracias imperialistas. Sería un error fatal, indigno para el partido revolucionario, fetichizar a Hitler, exagerar su poder, desconocer los límites objetivos de sus triunfos y conquistas. Es verdad que Hitler promete extender la dominación alemana en toda Europa y aún en todo el mundo "por mil años". Pero

muy seguramente este esplendor no durará ni siquiera por diez años.

Debemos aprender de las lecciones del pasado reciente. Hace veintidós años no sólo los países derrotados sino también los victoriosos surgieron de la guerra (la primera guerra mundial) con su economía en bancarrota, y sólo pudieron recuperarse muy lentamente. No obstante el movimiento revolucionario asumió proporciones importantes también en el campo de la victoriosa Entente. Lo único que faltaba era el partido revolucionario capaz de encabezar el movimiento.

¡También crisis en Alemania!

El carácter de la guerra actual que lo abarca a todo, su carácter total, excluye la posibilidad de enriquecimiento directo a costa de los países derrotados. Aún en el caso de una victoria completa sobre Inglaterra, Alemania se vería obligada, con el objeto de mantener sus conquistas, en los próximos años, a efectuar tales sacrificios económicos que anularía todas las ventajas que habrían podido surgir de su victoria. Las condiciones de vida de las masas en Alemania seguramente se deteriorarán seriamente en el período próximo. Millones y más millones de soldados victoriosos que regresen a sus hogares en Alemania encontrarían un hogar más empobrecido aún del que abandonaron al ser arrastrados por la guerra. Una victoria que disminuya el nivel de vida de su propio pueblo, no fortalece ningún régimen sino que lo debilita. La autoconfianza de los soldados desmovilizados, que han salido triunfantes en la guerra, llegará a límites extremos. La traición a sus esperanzas los llevará a la amargura y a un agudo des-

contento. Por otra parte la casta de los Camisas Pardas se elevará aún más sobre el pueblo; su régimen arbitrario provocará aún mayor hostilidades. En la última década el péndulo político en Alemania, como consecuencia de la impotencia de la llamada democracia y la traición de los partidos obreros, se ha movido a fondo hacia la derecha, luego, como consecuencia de la guerra y de las desilusiones sobre el régimen nazi, el péndulo se moverá más a fondo y decisivamente hacia la izquierda. Insatisfacción, alarmas, protestas, huelgas, choques armados estarán nuevamente a la orden del día en Alemania. Hitler tendrá así demasiadas preocupaciones en Berlín para poder jugar exitosamente el papel de verdugo en París, Bruselas o Londres.

En consecuencia la tarea del proletariado revolucionario no consiste en ayudar a los ejércitos imperialistas para crear una "situación revolucionaria", sino prepararse templando y uniendo a sus cuadros internacionalmente, para las situaciones revolucionarias que se producirán.

El nuevo mapa de guerra en Europa no invalida los principios de la lucha de clases revolucionaria. La Cuarta Internacional no cambia su orientación.

INDICE

PROLOGO 9

Fascismo e imperialismo. La clase media en la sociedad capitalista. Revolución, fascismo y clases medias. El frente único contra el fascismo. El "fascismo" en los países dependientes. El fascismo del Brasil. Trotsky y el trotskismo.

1. EL FASCISMO 23
2. COMO TRIUNFO MUSSOLINI 27
3. LA ERA DEMOCRATICOPACIFISTA Y EL FASCISMO 31
4. EL MOVIMIENTO OBRERO 42
5. ¿QUE ES EL NACIONALSOCIALISMO? 52
6. LA SITUACION EN ALEMANIA 66
7. BURGUESIA, PEQUEÑOBURGUESIA Y PROLETARIADO 69
8. ¿ES VERDAD QUE LA PEQUEÑOBURGUESIA TEME LA REVOLUCION? 78
9. LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMAN 81
10. ¿CUANTO TIEMPO PERMANECERA HITLER? 94
11. ¿QUIEN DEFIENDE A LA URSS? ¿QUIEN AYUDA A HITLER? 108
12. EL FASCISMO TRIUNFARA SOLO SI NOSOTROS FRACASAMOS 115
13. NO CAMBIAMOS NUESTRA ORIENTACION 118

BIBLIOTECA NACIONAL

Esta obra se terminó de imprimir
en mayo de 1973 en los talleres de
Editorial Prensa Latinoamericana
S. A., Root 537, Santiago, para la
Editora Cuatro Vientos.
Edición: 5.000 ejemplares.
Hecho en Chile . Printed in Chile.

Esta obra se terminó de imprimir en mayo de 1973 en los talleres de Editorial Prensa Latinoamericana S. A., Root 537, Santiago, para la Editora Cuatro Vientos.
Edición: 3.000 ejemplares.
Hecho en Chile - Printed in Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL
13 JUN 1973
SECC. CONTROL Y CAT.

Trotsky, uno de los sobrevivientes de la generación bolchevique que dirigió la Revolución de Octubre, fue testigo lúcido y protagonista decidido en la lucha antifascista. La selección de escritos que hoy presentamos, contribuye en una gran medida a visualizar con más claridad en esa noche negra de la historia humana. Artículos periodísticos unos, contribuciones a foros revolucionarios otros, ensayos los más, todos ellos se ubican en la perspectiva de comprender para actuar, de clarificar para orientar la acción.

COLECCION DE CLASICOS Y CONTEMPORANEOS